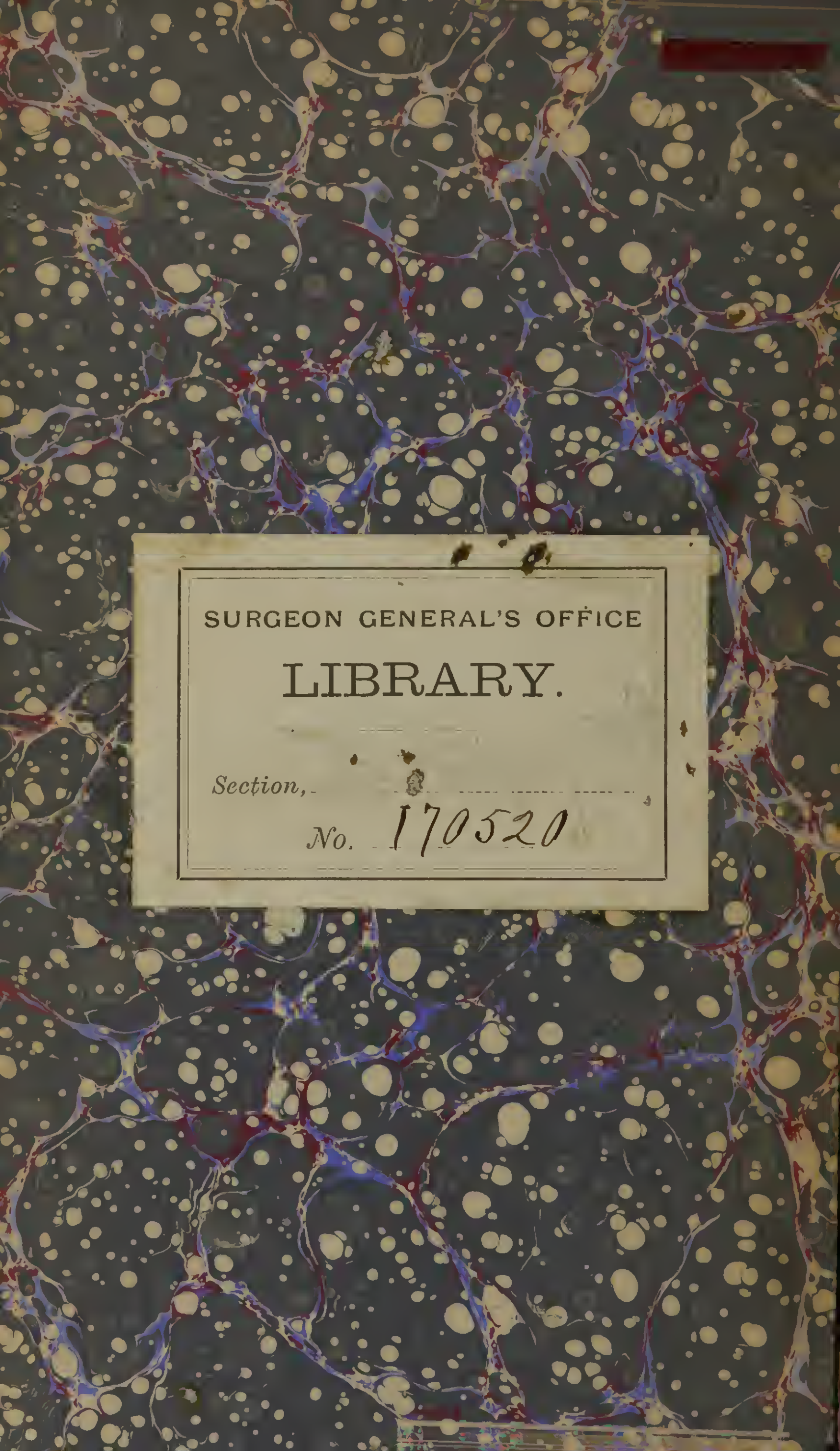
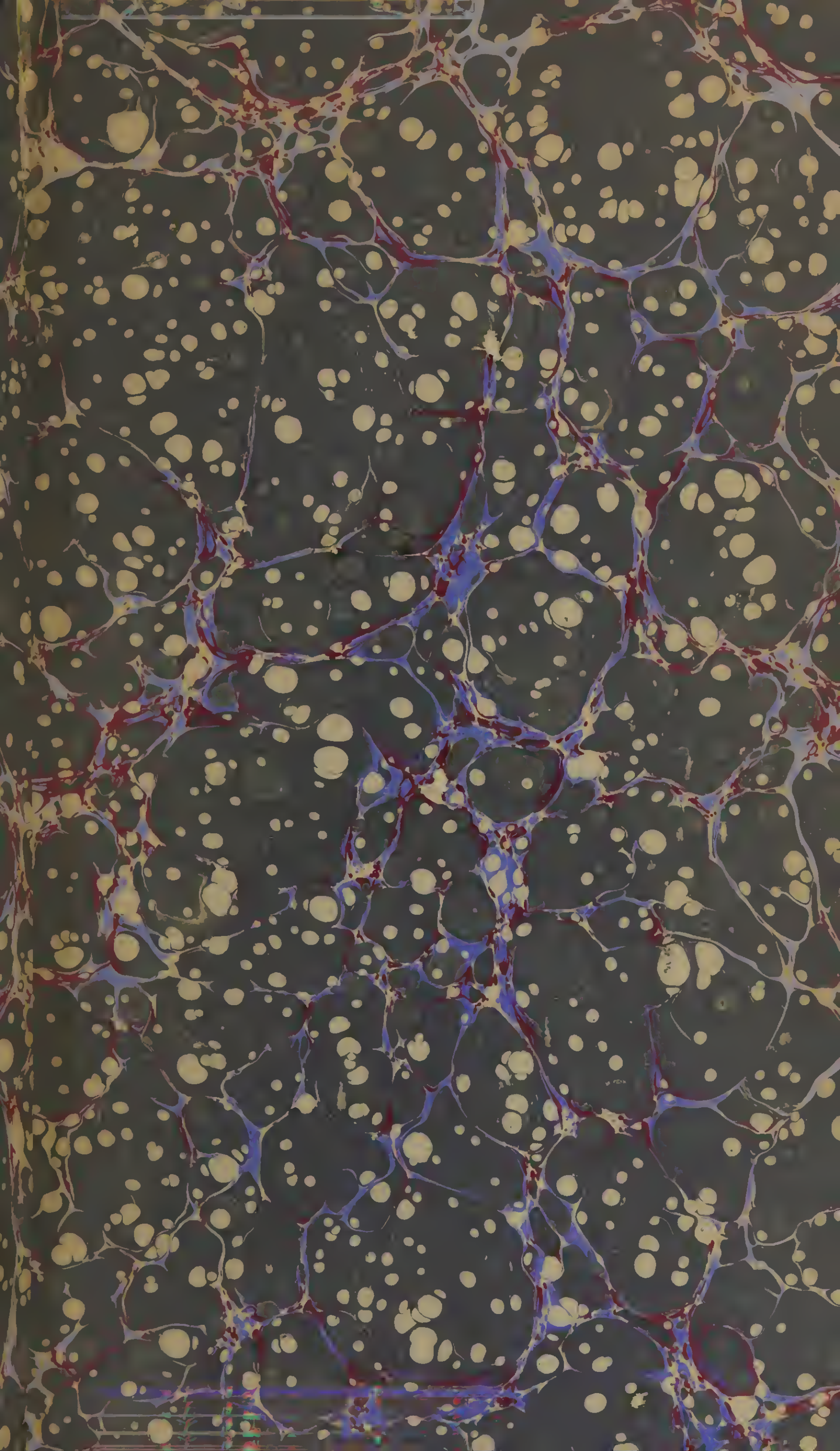

W Z
100
E747C
1844



SURGEON GENERAL'S OFFICE
LIBRARY.
Section,
No. 170520





S.r D.n PEDRO ESCOBEDO

Ó SEA

Coleccion completa

de todas las producciones literarias &c,

publicadas con motivo de su muerte.

Dánla á luz algunos de sus amigos y consagranla como ofrenda á su querida memoria.

IMPRENTA LITO. DE CUMPLIDO.



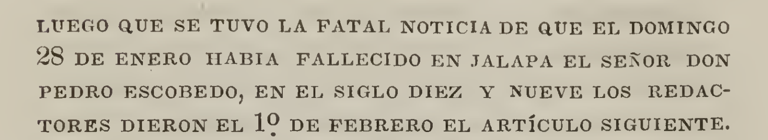
PROLOGO.

Si los honores que la sociedad tributa á la memoria de los hombres que la sirvieron con sus virtudes y la honraron con su ejemplo, se confundiesen con las vanas apariencias que la costumbre y el uso prodigan á todos los que desaparecen de la tierra, el hombre pensador no los veria mas que como esos fuegos fátuos que se apagan para siempre en el momento mismo en que se presentan; y seria imposible distinguir el homenage sincero de la justicia y de la gratitud, de la hipócrita alabanza de la adulacion y la rutina. Los hombres, que por costosos sacrificios y una vida llena de virtud, merecieron el nombre de beneméritos, aspiraron á la perpetuidad de su gloria, y la sociedad agradecida debe otorgarles voluntariamente esta justa recompensa, la única digna de ellos.

Tal es lo que México ha hecho en la deplorable muerte de uno de sus mejores hijos, del sabio, del patriota, del filantrópico D. Pedro Escobedo. Nunca

hasta ahora se vió un dolor mas espontáneo ni mas universal, ni un tal conjunto de honores concedidos á otro alguno. Se puede decir con verdad, que su muerte se ha llorado como una calamidad pública; y para probarlo, para perpetuar su nombre, bastaria leer todo lo que se ha escrito en su elogio, todo lo que se ha hecho en honra de su memoria, desde el triste instante de su fallecimiento hasta hoy. Viendo todas estas piezas, ecsaminando este concurso de alabanzas pronunciadas por tantos hombres de todas condiciones y de tan encontradas creencias, el que conozca nuestra época, comprenderá bien cuán sólido y verdadero fué aquel mérito que pudo reunir tales sufragios.

Pero ellos están diseminados en diversos impresos, encontrándose todavía inéditos algunos; y para evitar este mal, nos hemos resuelto á reunirlos en un solo cuaderno, que publicamos, impulsados por los sentimientos mas puros, y sin pensar siquiera en las importunas críticas de la envidia, ó de otras pasiones igualmente rastreras. El mérito de aquel, á cuya memoria querida se dedica este recuerdo, no puede ser ya contestado; y si se dijere que esta obra es hija de los sentimientos de amistad, gratitud y amor llevados al esceso, nosotros, lejos de ofendernos, nos creemos por esto mas honrados.



LUEGO QUE SE TUVO LA FATAL NOTICIA DE QUE EL DOMINGO 28 DE ENERO HABIA FALLECIDO EN JALAPA EL SEÑOR DON PEDRO ESCOBEDO, EN EL SIGLO DIEZ Y NUEVE LOS REDACTORES DIERON EL 1º DE FEBRERO EL ARTÍCULO SIGUIENTE.

Por el correo llegado ayer de Veracruz, hemos tenido la fatal noticia de que el último domingo (28 de Enero), á las diez y media de la noche murió en Jalapa, el Sr. D. Pedro Escobedo.

Al trazar estas líneas con un pesar intenso, al anunciar la muerte temprana y deplorable de uno de los hombres mas apreciables que hemos conocido, estamos seguros de que el dolor que sufrimos será sentido tambien por cuantos le conocieron.

Cualquiera de las brillantes cualidades del hombre que acaba de morir, haria su muerte digna del sentimiento público. La juventud estudiosa ha perdido uno de los hombres que con mas afectuoso empeño dirigian sus pasos y alentaban su noble entusiasmo. Con particularidad todos los jóvenes alumnos del Establecimiento de medicina, pueden llorar su pérdida como la del mas tierno amigo.

Como médico, la ciencia ha perdido un profesor que debió á su vasto talento y constante aplicacion el ser contado siempre entre los primeros que

ha habido en la república; y lo que es aun mas, un hombre, que penetrado de toda la elevacion de su arte, lo ejerció con la nobleza y la generosidad de un filántropo. Los infelices, en cuya asquerosa mansion penetraba tan seguido, con el doble carácter de médico y de bienhechor, sabrán apreciar debidamente su pérdida irreparable.

Sus amigos, y lo fueron cuantos le trataron alguna vez, nunca podrán olvidar los encantos de su carácter tan dulce, tan benévolo, tan afectuoso, como noble y desinteresado. Sus modales, delicados y caballerosos, no fueron el vano esterior de esa amabilidad hipócrita que cubre en el trato de la vida tanta indiferencia, tanto egoismo, y á veces tanto odio; sino la manifestacion involuntaria de los sentimientos de su alma, franca y llena de ternura. Su sensibilidad esquisita es tal vez lo que nos lo ha arrebatado. Poco tiempo antes de su muerte tuvo el dolor de perder á su hija única, y esta pesadumbre abatió profundamente su ánimo, turbado despues con tanta frecuencia por los tristes sucesos de nuestra época.

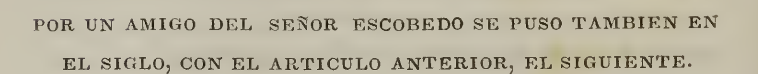
Cuando llegue aquella en que aparezca á luz clara todo lo que ha pasado, se apreciará ademas dignamente su conducta como ciudadano. Hoy, para comprender la pérdida que la república ha hecho, basta recordar que no hubo en México proyecto de utilidad pública, una sola obra de beneficencia, de instruccion y de adelanto, que no lo contase entre sus mas celosos promovedores: que constantemente estuvo trabajando en favor de la instruccion pública, de las que entre otras, es una prueba viva el Establecimiento de ciencias médicas; y que en estos tiempos de pasiones políticas, de aspirantismo y de cor-

rupcion, Escobedo mereció el respeto de los hombres de todas opiniones, y se sirvió solo de sus buenas relaciones para probar la decencia y la dignidad de su carácter, el noble desinteres de su conducta, y la superioridad de su alma sobre los mezquinos goces del favor y la fortuna.

Cuando un hombre de esta clase ha ecsistido en el mundo, honrado y querido de todos los que le trataban; cuando su vida no fué mas que el largo ejercicio de las brillantes cualidades de su alma, esta vida tranquila y sin ruido, es un tesoro que mientras mas se contempla, mas riquezas descubre. La virtud que tiene por premio un gran nombre y una posicion poderosa, es mas brillante; pero mucho menos sólida y preciosa, que la que lleva la felicidad al seno de una familia y la estiende como un aroma dulcísimo sobre cuantos se acercan á uno de esos caracteres felices. . . .

Pero olvidábamos que no es una biografia, sino un anuncio de dolor el que escribimos; y para esto no necesitábamos mas que participar su muerte, seguros de que ninguno de los que le conocieron recorreria estas líneas sin una emocion profunda. La pérdida de esos hombres raros, que no han dejado sobre la tierra mas que memorias de beneficencia y recuerdos de orgullo para su familia, para sus amigos y para su patria, es la única que obtiene un duelo general; y el hombre distinguido que acaba de morir, fué sin duda del número de esos séres raros.

¡Felices los que dejan sobre la tierra tan dulces memorias, y que á su muerte, pasando á un mundo mejor del que han dejado, van á recibir el premio debido á sus elevadas virtudes!

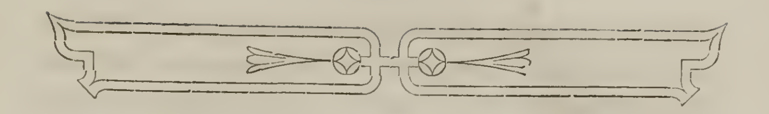


POR UN AMIGO DEL SEÑOR ESCOBEDO SE PUSO TAMBIEN EN EL SIGLO, CON EL ARTICULO ANTERIOR, EL SIGUIENTE.

Despues de escrito el artículo anterior, un amigo del Sr. Escobedo nos ha dirigido el siguiente:

"El dia 28 de Enero falleció el hábil y distinguido profesor de medicina, D. Pedro Escobedo. En tan estimable, humano, é ilustrado individuo, ha perdido México un sér de la beneficencia; las bellas artes, un protector decidido; la humanidad doliente, su mas precioso consuelo; y la sociedad entera un hombre honrado.

"Poseido de aquel sentimiento que solo sabe inspirar la irreparable pérdida de un verdadero y buen amigo, luego que supe tan funesta noticia me he apresurado á hacerla pública, consagrando á su memoria este tributo á la amistad con que me distinguió; porque su adhesion á las bellas artes y su franquísimo trato, unieron nuestras simpatías, llevando una amistad y relaciones cuya pérdida siempre lamentaré, como deberán lamentarla todos los que se precien de haber sido tan sinceros amigos como lo fué para este recomendable sugeto—*Miguel Mata y Reyes.*"



DON PEDRO ESCOBEDO.

Hay almas sublimes demasiado superiores á la tierra para vivir bien en ella, que han estado en una posicion violenta mientras no la han abandonado, y que hijas del cielo están destinadas á pertenecerle para siempre: la de D. Pedro Escobedo tenia este destino envidiable, y ya se ha cumplido el dia 28 del pasado. Estos rasgos, trazados por la gratitud y el dolor, no son el retrato de esa alma adorable: son el movimiento automático de una mano que tiembla de pesar: mi acento, maestro querido, no es un canto en tu alabanza; es el quejido de un corazon oprimido que te amaba como se ama al mejor de los amigos. Si cabe un alivio á semejante desgracia, es el de derramar una lágrima sobre tus cenizas tibias, y de colocar sobre tu tumba la memoria de tus virtudes.

La idea de la patria es una de esas que encierran en sí todo lo grande y generoso que puede caber en una alma bien nacida: así la concibió D. Pedro Es-

cobedo: el apego tenaz á ciertos dogmas políticos, esa intolerancia mezquina de los principios agenos, eran sentimientos desconocidos al que habia nacido hijo de la verdad y amigo de todos los hombres. La suerte, sin embargo, reservaba para sus acciones otra regla con que fueran medidas. Personas demasiado ecsigentes ó mal intencionadas, le imputan ligera ó maliciosamente, lícitas deferencias con ciertas personas á quienes debia amistad y proteccion, y de cuya posicion social esperaba obtener ventajas en favor de una institucion que amaba tiernamente porque la habia creado, el *Establecimiento de medicina:* los que así le juzgan, ignoran que esa lucha cruel en que un destino desgraciado suele colocar á los hombres en la sociedad, ha costado á D. Pedro Escobedo largas horas de amargura, y tal vez la ruina de su salud, y el sacrificio de su vida. ¡Ellos tal vez mañana se prostituirian por miserables miras personales! ¡Se atreven á calumniar la mas noble y pura de las intenciones! Pero, ya se ve, ¿hay, por ventura, muchos capaces de comprender una idea grandemente útil, de meditar largo tiempo sobre los medios de realizarla, de despreciar los riesgos, de olvidar su bienestar, de luchar sin tregua y sin esperanza contra todos los obstáculos, de vivir para esta sola idea, de morir tal vez por ella? Pues tal era el carácter de D. Pedro Escobedo; él, que amaba apasionadamente las artes liberales y las ciencias, la humanidad y la religion, la libertad y la civilizacion; que amaba, en fin, todo lo bello y bueno que hay en la naturaleza, tenia predileccion favorita á la ciencia que cultivaba, á la que debia su reputacion gigantesca: veia á la juventud médica huérfana, abandonada,

despreciada tambien: recordó con pena las dificultades de su aprendizage: deploró la suerte de los que debian seguirle, y se propuso mejorarla: desde entonces su ecsistencia entera, esa ecsistencia llena de vigor y de fuerza, se redujo á este solo pensamiento, pensamiento generoso que nació al mismo tiempo en otras almas nobles, y que forma el rasgo mas brillante de su vida. No juzgo cometer una injusticia al asegurar, que la importante y radical reforma de la educacion médica es casi completamente debida á sus esfuerzos tenaces, incesantes, bien calculados, y prudentemente dirigidos: los que del año de 38 á la fecha han servido el ministerio de instruccion pública, pueden decir si es esto una ecsageracion dictada por la amistad. La actual generacion médica responderá con sus suspiros y sus lágrimas, si es cierto que en la pérdida de D. Pedro Escobedo ha visto la de un protector desinteresado y celoso, la de un amigo generoso y noble. ¡Si cada uno de nosotros hubiese de publicar los favores que de su mano ha recibido, este seria el mas espléndido homenage á su memoria! Callo de intento otras mil cualidades eminentes que harian notable á cualquier otro hombre, porque todas, hasta su reputacion indisputable y unánimemente reconocida de *primer cirujano de México*, se ofuscan al lado de esta, cuyo nombre debiera inscribirse sobre su sepulcro, como el emblema mas completo de su alma: *Beneficencia.*

México, Febrero 1.° de 1844.—*Joaquin Navarro é Ibarra.*

(*Siglo del dia 3 de Febrero.*)

BIOGRAFIA.

RASGOS CARACTERISTICOS

DE

DON PEDRO ESCOBEDO.

La ancha y elevada frente de D. Pedro Escobedo anunciaba esa vasta inteligencia, esa comprension ilimitada, que es siempre la dote de las almas estraordinarias. Su razon fué, en efecto, muy precoz, ¡y maduró temprano! Y esa razon se ocupó en adquirir dos ciencias hermanas, la medicina y la cirujía, tan útiles al género humano, como necesarias para que satisfaciera á sus instintos y á sus enérgicas sensaciones, un ciudadano que cifraba su felicidad en la de su especie.

Escobedo no dió la preferencia á estos interesantes estudios por capricho; y ni aun libre fué para escogerlos, porque él poseia una cualidad intelectual y otra moral, que lo llamaban irresistiblemente al lecho de dolores y al anfiteatro: *la observacion* era su



PEDRO ESCOBEDO.

talento mas distinguido; y *la beneficencia,* fuente y orígen de tantas virtudes, su virtud principal. En la cuna de la Iglesia, Escobedo hubiera sido un apóstol; porque la propaganda de un credo de paz, de salud y de bendicion, era en verdad muy simpática para ese hombre tan dulce, tan humano, tan tierno y compasivo. Jesucristo curaba las dolencias del alma con la persuasion de sus ejemplos, y las del cuerpo con esa omnipotencia que fijó los crepúsculos sobre la colina del Tabor, y que en el lago Tiberiades impuso freno á la tempestad. Para mí, es Jesucristo el modelo de los héroes y el soberano de los filósofos, atendiéndose á que el heroismo y la filosofia verdadera consisten precisamente en la multiplicacion de los beneficios. Justo es, pues, considerar como un reflejo de la Divinidad, y venerar tambien con entusiasmo poético, con el de las armonías religiosas, al que *hacia bienes por do quier que pasaba.*

Digno era Escobedo de encomios, y aun de aplauso, por haber procurado con el celo de las almas ardientes, adquirir para sí una ciencia, huérfana en México, vista con desden en su mezquino plan de estudios, abandonada á investigaciones estériles y aisladas, sin ruido, sin aparato, sin prestigio, sin alguno de esos arreos y adornos que atraen y seducen á la juventud, al decidirse por alguna carrera. El ciudadano que se levanta sobre los demas por sus meditaciones, que sobresale en conocimientos útiles, que alcanza y gana para sí una gloria, es una riqueza para su patria; porque su gloria es el conjunto, es el resultado de la nombradía de sus hijos. Y cuando este ciudadano privilegiado es ademas comunicativo, cuando se difunde como la luz de la atmósfera, cuan-

do rechaza el egoismo; esa tentacion, esa mancha de tantos hombres notables por su genio; entonces la gratitud pública le sigue, lo acompaña, lo recompensa; porque nada es mas propio, nada mas justo, que el que las afecciones y el amor se coloquen en torno del que ha sido *todo para todos*. Escobedo recibió de la naturaleza un talento perspicaz y analizador, una grande aptitud para las ciencias positivas, que felizmente cultivó, dándose á la lectura de las obras maestras; un deseo inagotable de saber, de observar y comprobar, que al fin lo colocaron en una altura de reputacion, que los rivales no perciben, si no es alzando los ojos. Cuando ya estaba, por decirlo así, repleto de ciencia; cuando la opinion lo habia proclamado *el primer médico de la república*, sintió el desconsuelo de que no ecsistiera en ella un establecimiento de estudios médicos, en que pudieran aleccionarse los jóvenes aplicados en los adelantos de esta facultad, eminentemente progresiva, y en tantos ramos que parecen accesorios y que forman sin embargo el complemento de la ciencia. En Escobedo, la fuerza y la constancia de voluntad eran iguales á esas concepciones fecundas y apasionadas que producian en él un enagenamiento misterioso, y que revelaban los brillantes secretos de su imaginacion. ¡Cuántos embarazos, cuántas dificultades hubo de vencer, para dar realidad á su favorito pensamiento, para mantener y conservar la obra de sus honrosos afanes!

Empresa dificil seria enumerar los pasos que Escobedo dió, las fatigas que empleó hasta que vió erigido en el *Establecimiento de ciencias médicas*, un monumento de gloria para su nacion, un monumento mas

duradero que el bronce: *œre peremnius.* Asociando á su designio los talentos mas señalados de la facultad, á esos filántropos que acertaron á comprenderlo, que supieron felizmente imitarlo, lo volvió inmortal; y no ha terminado Escobedo su apacible vida, sin legar al mundo científico una generacion formada, un pueblo nuevo que se dirige por sus inspiraciones, y que se guia por sus ejemplos. Epaminondas, el héroe tebano, esclamaba al morir: *Dejo dos hijas inmortales, Léutres y Mantinea.* ¡Cuánto mas preciosa é inmortal es la hija amada de Escobedo; esa hija de la caridad cristiana y de la beneficencia del fiolósfo, que no arrancó lágrimas á los vencidos, y que llora por la primera vez, ahora que pasó á mejor vida el grande y moderado ciudadano!

No porque Escobedo habia proclamado la era futura de la ciencia, descansó en el ejercicio de su virtud instintiva: un enfermo, rico ó pobre, era su amigo; un doliente desvalido el mejor de sus amigos. Así se esplica cómo ha muerto, sin recursos aun para curarse, el médico á quien rogaban el magnate y el poderoso que se acercara á su lecho, •y que recibian como favor, que pronunciara unos cuantos oráculos de esperanza y de vida. Cuando yo observo que los pobres rodean un ataud, que suspiran y sollozan, que empapan sus andrajos con calientes lágrimas, no ecsijo ya el panegírico del difunto: la escena muda del dolor, la del sentimiento de los que vinieron al mundo solo para sufrir y padecer, es el epitafio tiernísimo del que *hizo bien en la tierra, y es llo1ado porque se hunde en ella.* Aborrezco yo y me aparto del vulgo profano de los dominadores, de los reyes, y de los aristócratas, para acompañar el humilde cortejo del

bienhechor de los hombres, cuya muerte no se anuncia con el estrépito del cañon, con el ruido del clarin de las batallas, con un espectáculo de vanidad y de pompa, con una comedia en que se divierte el pueblo, como se divertiria en el circo un pueblo de romanos, y un pueblo de españoles en una corrida de toros.

Como la amistad es el bálsamo de las heridas del alma, no podia dejar de ser buen amigo un médico filosófo, que estudiaba con el sentimental Alibert la teoría enredada é incomprensible de las pasiones; orígen, causa mil veces desconocida de atroces dolencias: el mal del hombre está en su corazon, aun cuando se encierra en el círculo de las relaciones privadas; mas si se entrega á la tormentosa vida política, á esa vida de ilusiones y de crueles desengaños, entonces son indefinibles sus padecimientos, porque el alma no aumenta su sensibilidad, mas que para ensanchar la esfera de sus tormentos. Escobedo era amigo de cuantos lo trataban con alguna frecuencia, y estaba dispuesto á serlo de todos los que le brindaran con este título, que no era para él mas que una aplicacion de su benevolencia para con todos los hombres. Honrado yo, como tantos otros, con la amistad de D. Don Pedro Escobedo desde mi temprana edad, puedo asegurar que era una amistad muy valiosa, una amistad que para con el poderoso no se confundia con la mezquina adulacion, ni para con el desvalido con la proteccion insultante y desdeñosa de los que consideran como un obsequio, como don de bondad, una palabra y una sonrisa que se muestran sobre los labios, para anunciar un sentimiento de desprecio. ¡Cuánto recuerdo aquellos ratos, en que

nuestras almas se estrechaban, y en los cuales él venia á registrar en mi pecho úlceras ocultas y dolores ignorados!

Arrebatado Escobedo por el movimiento político de su reposada y filosófica vida, no se mezcló en los negocios de estado, si no fué para predicar la *tolerancia* á los depositarios del poder, á los hombres de partido, á cuantos podian hacer el bien ó el mal, endulzando ó agriando esas cuestiones que naturalmente se tratan y deciden con violencia. Su espíritu abundaba en espedientes y en invenciones para persuadir, y para que otros participaran de sus convicciones, siempre profundas; de sus sentimientos siempre generosos. Aunque la ecsageracion lo combatia, aunque le salia al encuentro para detenerlo en su carrera, él sin ódio y sin enojo, multiplicaba sus laudables esfuerzos, coronados con mil triunfos, que su modestia sepultaba en el olvido. Era Escobedo liberal: ¿cómo podia no serlo un ciudadano de talentos tan privilegiados, que profesaba los dogmas de un siglo ilustrado, que era el director de esa juventud tan ávida de mejoras, de esperanzas y de gloria? Mas era liberal tan templado como su carácter: el progreso que buscaba con ansia era el progreso posible, porque nunca gustó de viajar por el pais de las quimeras. El conocia que las preocupaciones envejecidas en las costumbres y en los hábitos de los pueblos, no se arrancan sin pena y sin dolor en un solo dia; y que la prudencia aconseja que las grandes reformas sociales se preparen con estudio y discrecion.

Como Escobedo jamas desesperó de la causa de la patria, reemplazaba sus desengaños con nuevas esperanzas: instaba, rogaba, amenazaba tam-

bien, y obtenia su fin, cambiando, modificando sus medios.

¿Y morirá este hombre singular sin que le dispensen entera justicia sus contemporáneos y sus amigos? ¡No! la ciudad de México, esta Babilonia inmensa de pasiones, se asocia con entusiasmo al duelo y al llanto de los sábios, de los filántropos, de esa juventud inspirada que encierra al mundo en su imaginacion ardiente y creadora. ¡Dichoso el hombre cuya memoria no se disipa con el polvo de sus huesos! ¡Dichoso el ciudadano que amó á sus semejantes, y fué amado por ellos! ¡Dichoso el patriota que empleó su vida sin mancha en objetos de utilidad pública! ¡Dichoso D. Pedro Escobedo, porque honró á su nacion, y porque le sobreviven sus laudables ejemplos! Recibe, amigo de mi corazon, en estas líneas que mas de una vez borraron mis lágrimas, el doloroso tributo de mi gratitud. Allá, en esa region de bienaventuranza que habitas, y que fué siempre tu patrimonio, acuérdate de la orfandad en que nos dejas; y como tu ruego ha de ser muy grato al que ha prometido misericordia para el que misericordia usare; pídele por tu patria, cuya suerte aun se esconde en un porvenir incierto; pídele por la juventud dorada que educaste en el amor de la virtud y de la ciencia; alcance los destinos de gloria que en tus ensueños de felicidad contemplaste como ciertos. Goza, goza Escobedo, de la dicha perennal de los justos, de los bienhechores de los hombres. ¿Quién de ellos no aplaudirá tu nombre?

México, Febrero 12 de 1844.—*José María Tornel.*

A DON PEDRO ESCOBEDO,

AL SALIR SU CADAVER DE JALAPA.

Llegó la fatal hora de tu partida, cadáver del mejor amigo. Te alejas para siempre de Jalapa, de este pais adonde el alma que encerrabas se desprendió de los lazos que á tí la unian para volar á la eternidad. Á Dios: vé á México para recibir allí los últimos honores que la amistad y la gratitud deben ofrecerte.

¡Ah! ¡qué triste desconsuelo se apodera de mí en este momento! ¡Mexicanos! llamaos felices, pues al menos vais á poseer las cenizas del mas benéfico de los hombres. Vosotros las tendreis allí, á vuestro lado, ireis á visitar su tumba, leereis la lápida que revele á las generaciones sus virtudes, y este recuerdo, si bien triste y sensible, no carecerá de placer. Pero yo no tendré ni aun el consuelo de derramar una lágrima sobre su sepulcro: lleno de tristes recuerdos, sin un lugar que llame mi atencion, sin un objeto que pueda fijar mi vista, mi alma vagará errante, y su pesar será mas intenso, porque no podrá decir: "Aquí está el objeto que causa mi dolor, aquí el lu-

gar donde se encierran los despojos queridos que sirvieron de albergue á una alma pura y sublime."

Nada me quedará de tí, amigo querido, sino la memoria de tus virtudes y de tus padecimientos. Aquellas me recordarán siempre al hombre sabio y benéfico que tantos bienes hizo á la humanidad; y estos llenarán de tristeza mi ecsistencia porque me manifiestan que en esta miserable vida, ni la virtud ni el saber libran á los mortales del dolor y el sufrimiento.

Sin embargo, esos penosos recuerdos permanecerán grabados en mi corazon mientras viva: ellos renovarán en mí la idea de que hubo sobre la tierra un ángel en figura de hombre, cuyas virtudes son dignas de eterna memoria.

Yo las tendré presentes, Escobedo querido, porque ellas serán la guia mas segura de mis acciones y el mejor norte de mis sentimientos.

¡Feliz si algun dia consigo imitarte!

Jalapa, Febrero 8 de 1844.—*J. M. Mata.*

A LA MEMORIA DE DON PEDRO ESCOBEDO.

Pobre mi talento, es incapaz de tributar á tu memoria los homenages que justamente merece; pero los sentimientos de mi corazon, hijos de la tierna amistad que te profesé, movidos por la gratitud que te debo, me obligan á desahogar en estas líneas la tristeza que tu pérdida me ha causado.

Yo, que presencié los padecimientos que sufriste

en los últimos dias de tu penosa ecsistencia, fuí testigo tambien de la sublime resignacion y de la celestial paciencia con que apuraste el cáliz del dolor y la muerte. Ni un solo ¡ay! ni una sola palabra que indicase el despecho ó la impaciencia, salió jamas de tus lábios: asomaba, al contrario, en ellos la sonrisa de los ángeles; y cuando esforzabas tu voz, debilitada ya por los sufrimientos, para dirigirme la palabra, se notaba aún en ella aquel estilo afable, aquella persuasion seductora con que encantabas á tus discípulos, cuando reunidos á tu rededor, oíamos llenos de placer, los sábios preceptos y las prudentes mácsimas con que enriquecias nuestra inteligencia.

Despues, cuando se acercó la hora fatal en que ibas á abandonarnos, tú gozabas la tranquilidad de los justos; y la transicion á otra vida, no fué para tí sino un sueño tan dulce como el de la inocencia.

En los momentos en que tu alma pura estaba prócsima á elevarse al seno de la Omnipotencia, yo acusaba, turbado por el dolor, á la Providencia, porque al llevarte consigo nos privaba del benefactor mas apreciable de la humanidad, del apoyo mas firme de la ciencia, y del mejor y mas desinteresado amigo.

Pero no: tú no debias estar mas tiempo en este mundo de maldad y perfidia; tu alma sublime debia solo permanecer en la tierra el tiempo necesario para que los hombres conociesen en tí el modelo de las virtudes: tu mision estaba cumplida, y el Señor se apresuró á arrancarte de este lugar de miserias, para darte el premio que merecias.

Goza, pues, tierno amigo, de la inapreciable felicidad que posees; regocíjate en el seno de Dios, mien-

tras nosotros lloramos tu partida; y desde esa mansion divina en que te hallas, dirige tus miradas hácia México, tu patria querida, y por cuyo engrandecimiento tanto te afanaste. Pide al Eterno por la felicidad del pais que te vió nacer, de este pais que podrá decir con noble orgullo: ¡Escobedo fué hijo mio!

Jalapa, Marzo 2 de 1844.—*José María Mata.*



EN EL SIGLO DEL DIA 12 DE FEBRERO, DIJERON SUS EDITORES LO SIGUIENTE:

El cadáver del Sr. D. Pedro Escobedo llegará á esta capital el 13 del actual, y será depositado en la iglesia de San Lázaro. En punto de las cinco de la tarde del mismo dia será conducido para el nacional y mas antiguo colegio de S. Ildefonso, en donde era catedrático de medicina. Los deudos y amigos del Sr. Escobedo que tienen coche, se han convenido en reunirse en el espresado templo, con objeto de acompañar al difunto y entregarlo en dicha casa de estudios, para que sea depositado en su capilla, en la que el 14 se aplicarán misas rezadas por su alma.

El Escmo. é Illmo. Sr. D. Joaquin Fernandez Madrid, obispo de Tenagra, como presidente de la cámara de senadores, convidará para el entierro.

El 15, á las nueve de la mañana, se reunirá el duelo en S. Ildefonso, incorporándose en este colegio el de S. Gregorio, y comisiones de los colegios de Minería y Militar, del Consejo de Salubridad, de las academias de San Cárlos, Medicina y S. Juan de Letran, de la Compañía Lancasteriana y del Ateneo, y los numerosos amigos que supo grangearse el Sr.

Escobedo. La comitiva será presidida por el Escmo. Sr. D. Manuel Baranda, como presidente de la Direccion general de estudios.

El cuerpo será llevado á la iglesia de Ntra. Sra. de la Merced, por las calles de San Pedro y San Pablo, del Indio Triste, Puente del Correo Mayor y de la Merced. El nacional y primitivo colegio de S. Juan de Letran recibirá en la puerta de dicho templo al acompañamiento.

De conformidad con lo prevenido en el reglamento del cuerpo legislativo, una comision del senado, compuesta de los Sres. D. Juan Rodriguez Puebla, D. Luis G. Cuevas, D. Manuel G. Pedraza, Dr. D. José María Aguirre, D. Francisco García Conde y D. Bernardo Couto, asistirá al funeral, ocupando el asiento principal. Concluida la parte religiosa, se disolverá la comision, y el duelo regresará á San Ildefonso, en donde será recibido por el colegio Seminario. El Escmo. Sr. D. José María Tornel, como presidente de la Junta Directiva del colegio de San Ildefonso, recibirá en el general del establecimiento el pésame del Seminario, Letran, Minería, Colegio Militar y San Gregorio.

Las comisiones de la Junta Directiva general de estudios, del Consejo de Salubridad, de la academia de San Carlos, de la Compañía Lancasteriana, de la Academia de Medicina, de la de San Juan de Letran y del Ateneo, pronunciarán arengas encomiásticas, y el Sr. D. Manuel Carpio, catedrático de Medicina, dirá una oracion fúnebre. Este acto augusto de ternura, estimacion y amistad, concluirá con la contestacion del Escmo Sr. D. José María Tornel.

Sabemos que hay lugar designado en las barandi-

llas del general, para que se pronuncien las arengas, de modo que puedan ser oidas de toda la concurrencia, y que la pieza estará adornada de una manera patética y elegante.

Tambien se nos ha informado que una comision ha de invitar á las familias que habitan las casas del tránsito del entierro, para que pongan en los balcones cortinas blancas con lazos negros.

Si los editores del Siglo XIX no tuviéramos la conviccion de que al mérito positivo del Sr. Escobedo corresponde una estimacion pública positiva, nos esforzariamos á invitar á los habitantes de la capital para que hicieran demostraciones sentimentales por la pérdida de un médico hábil y de un ciudadano virtuoso; pero estamos palpando la estimacion pública que gozaba el Sr. Escobedo, y solo debemos unir nuestros votos y esfuerzos á los de nuestros conciudadanos, por la sensible muerte que á todos nos afecta.



EN EL DIA DE LOS FUNERALES, 15 DE FEBRERO, SE PUBLICÓ EN EL SIGLO EL SIGUIENTE ROMANCE.

CONSUELO DE LA AMISTAD.

VEN, genio del dolor, ven á inspirarme
El lenguaje sublime y espresivo
Con que declare la amargura y duelo
Que oprime, con razon, el pecho mio.
A tí te invoco, y con tu fuego santo
Alentada mi voz, que ahoga el suspiro,
Haré que escuchen todos los afectos
Que con violencia en mi interior reprimo.
Lloraré con la patria entristecida
El estrago fatal de un bien perdido;
Ella deplora un bienhechor constante,
Y yo un virtuoso, fiel y tierno amigo.
A tí, PEDRO ESCOBEDO, á tí lloroso
Mi fúnebre plegaria te dirijo;
Y tú, inmortal, escuchas el tributo
Que de amistad á tu memoria brindo.
¡Amistad.... amistad!.... don venturoso,
Don que en tí el cielo me otorgó propicio;
Pasaste ya cual fugitiva sombra
Que huyera mas veloz que el rayo vivo.
¿Y qué me queda ya? Tristes recuerdos
De aquel tiempo feliz, en que conmigo
Tus ideas vigorosas esplayabas
En franco, amable y seductor estilo.

Los íntimos secretos de mi pecho
No te fueron jamas desconocidos,
Y tú tambien á mí me revelabas
Con ingenuo lenguage tus designios.
Eran cual de un oráculo las voces
Que dirigió tu labio á mis oidos:
Dócil á tus preceptos me mostraba,
Y cuando yo estraviaba en mis caminos,
Tus luces me indicaban los senderos
Que al écsito feliz me guiaban fijos.
No fué un casual suceso el que te indujo
Al trato dulce que te unió conmigo;
Fué un simpático impulso que animaba
Aquel encantador, suave prestigio
Que en tu alma tuvo siempre el arte hermoso
Que con tareas y afanes yo cultivo.
¿Por qué arcano quisiste, Sér Eterno,
Que yo hallara un virtuoso y buen amigo
Para que apenas tanto bien probase
Tuviera de perderlo el cruel martirio?
Yo adoro tus decretos soberanos,
Yo ante tu trono con piedad me humillo,
Y escucho por do quiera el duelo amargo
Que por tan triste causa se ha esparcido,
Al ver que un sér benéfico é ilustre,
Como un astro en su ocaso hundió su brillo.
¿Y quién podrá olvidar las cualidades
Con que el genio del bien dotó prolijo,
De su alma generosa, noble y pura,
El' sér que con un fuego no estinguido
Puso á sus piés los viles intereses
Desdeñando del mundo el falso brillo?
El se ganó, mas no con viles modos,
Entre los magistrados un prestigio,
Del que no usó jamas en medra suya;
Antes bien, generoso y decidido,

Fomentó un instituto de su ciencia,
Que con su influjo y eficaz ausilio,
Planteando sus reformas, logró verlo
En estado normal, seguro y fijo.
Callen ruborizadas ya las lenguas
De séres degradados y mezquinos,
Que intenten empañar de este hombre ilustre
El esplendor acrisolado y limpio.
Imítenlo mas bien, al ver que espira
Sin fausto y sin riquezas, cuando es visto
Que otro sér menos noble y generoso,
Con su arte, su talento y su prestigio,
Corriera en pos del oro y de los puestos,
Haciendo grangería de los destinos:
Las bellas artes, las sublimes ciencias
Veian en él un partidario activo;
La humanidad, un padre cariñoso;
La indigencia, un seguro y dulce asilo;
La patria, un ciudadano honrado y justo;
La religion, un respetuoso hijo;
La libertad, un defensor heróico;
Y en fin, la ilustracion un fiel adicto.
Este cuadro brillante que he trazado
Del personage cuya falta gimo,
No es la dulce amistad quien le engalana
Con supuesto matiz el colorido;
La fama ilustre de sus claros hechos,
De que un gran pueblo fué feliz testigo,
El número cuantioso de personas
Que aun disfrutan por él mil beneficios;
Estos ecsaltan mas que yo sus glorias,
Estos dejan mi cuadro deslucido;
Y al oir de la verdad el fiel lenguaje
Quedan sus adversarios confundidos.
Pedro feliz, amigo predilecto,
A tí otra vez mi triste voz dirijo;

Esa region que habitas venturosa,
No es como en la que llora este tu amigo,
No es la triste morada de la muerte
Que tú dejaste por mejor asilo;
Es la mansion hermosa de los justos:
Al contemplarte en ella me glorío;
Mas al mirar sin vida ya tus restos
Mi dolor crece y crece mi martirio:
Te busco en vano, y tu sombra me huye
Dejando desolado el pecho mio.
Mira desde la bóveda celeste
Donde tienes tu asiento peregrino,
Mas allá de los astros y planetas,
La tierna conmocion de tus adictos,
Causada por la fiera y dura muerte
Que de tu amable vida cortó el hilo,
Despues que tu paciencia prodigiosa
Te labró una corona en el empíreo.
Mira como hacen que tus restos vuelvan
Al teatro dó tu genio esclarecido,
Desplegó de tu ciencia y tus virtudes
Los grandes y oportunos beneficios.
En pompa funeral van tus despojos
Al lúgubre sepulcro conducidos:
Gratitud y amistad los acompañan,
Ambas unen sus tonos doloridos,
Consagrando á tu plácida memoria
Un público tributo de cariño.
Yo marcho tras del lúgubre aparato,
Tiernos mis ojos y en tu cuerpo fijos,
¡Te miran yerto!..... tiemblo...... me estremezco,
Y en dolor silencioso sumergido,
Mi alma se eleva donde está la tuya,
Tu falta lloro y tu ventura envidio.
Sellando con mi labio tu sepulcro,
Allí mi amor y mi amistad imprimo,
Y queriendo trazar tu amable nombre,
Beneficencia, dejo en él escrito.

México, Febrero 15 de 1844.—*Miguel Mata y Reyes.*



COMPOSICIONES COLOCADAS EN EL PRIMER CUERPO DEL CATAFALCO QUE SE LEVANTÓ EN LA IGLESIA DE NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED PARA LAS ECSEQUIAS DEL SR. D. PEDRO ESCOBEDO.

Frente.

DILECTUM ÆSCULAPII FILIUM
OMNIBUS OMNIA FACTUM
PETRUM DE ESCOBEDO
SCIENTIA ILLUSTREM,
CHARITATE INSIGNEM
OBITUM
DIE XXVIII JAN. ANN. DOM. MDCCCXLIV
LUGEANT MEDICI
DEPLORENT ÆGROT
ATQUE IN MEMORIAM SEMPER
REDIGANT AMICI
CUJUS GRATIA
CENOTAPHIUM HOC
P.

SONETO.

Su divisa fué el bien: sobre su frente
Austera y taciturna se veia:
Amigo del mortal en su agonía,
Hermano y bienhechor del indigente.
Vió la muerte su brazo prepotente
Como barrera á su mansion umbría,
Y un dardo de dolor le lanzó impía
Y el amigo del bien gimió doliente.

Bañado entonces en sumiso llanto,
Volvió al Señor los ojos en su duelo,
Implorando piedad á su quebranto.
"Deja, le dice Dios, el carnal velo,
"De arcángel de bondad recobra el manto,
"Ampara al desdichado desde el cielo."

G. P.

OTRO.

Señor! Señor! en vano el pensamiento
A escudriñar se atreve tus arcanos!
Yo al contemplar las obras de tus manos,
Mi mezquindad, avergonzado siento.
Larga vida entre crímenes sin cuento
Arrastran los magnates, los tiranos
Que insultan el dolor de sus hermanos,
Que rien del desnudo y del hambriento;
Y al justo, al sábio, en cuya limpia frente
Tu soplo hizo brillar la inteligencia,
Presto en la tumba tu poder los hunde
Al gemido del mundo indiferente.
Señor, Señor, el alma á la presencia
Terrible de tus obras se confunde.

Poniente.

LIRA.

Te abrió su corazon, juventud pura,
Fué tu padre y tu guia:
Y aquella frente en que el saber lucia
Fué tu astro de ternura.
Otros tributen á su tumba honores,
Riégala tú con lágrimas y flores.

G. P.

OTRA.

Muere el magnate, el potentado muere
Y con ellos sus nombres;

La muerte el pecho de los sábios hiere
Y vive entre los hombres
Circundada de luz, de inmensa gloria
Lleva por los siglos su memoria.
R. I. A.

Sur.

VIRTUTIBUS
DOMESTICOS ULTRA PARIETES
REFULGENTIBUS
OLIM POPULI LEGATORUM
PROCERUM DEIN NOTABILIUM
SENATORUM POSTREMO
AD SEDES EVECTUS
PETRUS ESCOBEDO
PROBITATE CONSPICUUS
RELIGIONE HONORANDUS
AMORE PATRIÆ NULLI SECUNDUS
OBIIT IN DOMINO
DIE XXVIII JANNUARII ANNI MDCCCXLIV.

OTRA.

CIVIS AMICUS MEDICUS CHRISTICOLA
PROBUS FIDUS OPIFER PIUS
PETRUS ESCOBEDO
PATRIÆ ANIMÆ CORPORI DEO
OBSEQUIUM SOLATIUM MEDELAM CULTUM
PRÆBUIT
RAPTUS E TERRA CŒLUM SCANDIT
HUC PLANCTUM DEDIT ILLUC GAUDIUM
NON INTERMISSUM
DIE XXVIII JANNUARII ANN. DOMINI
MDCCCXLIV.

Oriente.

OCTAVA.

Luchando del dolor con la fiereza
Apuraste la copa de amargura,
Y hoy miramos ¡terrible desventura!
De ciprés coronada tu cabeza.
Mas la virtud con celestial dulzura
Alivió de tu pena la aspereza,
Y en sus álas de cándida azucena
De paz, volaste, á la mansion serena.

OTRA.

Ved al hombre virtuoso moribundo....
Ved á Escobedo, firme, resignado,
Sentir que su alma parte de este mundo
A la mansion de paz: aun no ha ecshalado
Un gemido que esprese lo profundo
De la pena y dolor: nunca agobiado
Por la desgracia fué: brilló en su frente
De la resignacion la luz fulgente.

Las siguientes composiciones no se pusieron por falta de tiempo para pintarlas.

SONETO.

Amigo de la frágil criatura
Del anatema del Señor herida,
Con la muerte luchaste por la vida
Al borde mismo de la tumba oscura.
En el plantel, que por tu amor fulgura,
La verdad, por tu voz embellecida,
A la ardorosa juventud convida
A estudiar y salvar de Dios la hechura.
¡Duerme en paz, *Escobedo!* Mi plegaria
No es el eco que arranca la opulencia
Al cortesano que su don implora;

Porque al pié de tu losa funeraria
Llora su ilustre protector la ciencia,
La humanidad doliente un padre llora.

J. M. L.

Allá está la verdad: en el lucero
Que brilla por la tarde la miraste
Arder inestinguible;
Tú, que siempre por ella suspiraste,
Sonriendo apacible
A beber sus raudales te elevaste
Circundado del sábio por la gloria,
En base de diamante inamovible
En la tierra dejando tu memoria.

R. I. A.

El hombre muere, mas la tumba oscura
Solo guarda su cuerpo macilento;
De virtud y de bien su pensamiento
Unido al curso de los siglos dura.
Mostrar do quier benevolencia pura,
Ser de la ciencia apoyo y ornamento,
Levantan, al que ha muerto un monumento
De gloria á él, al mundo de ventura.
De *Escobedo* los fúnebres despojos
Mirarán los patriotas y los sábios,
Con lágrimas amargas en los ojos
Y sinceros aplausos en sus lábios.
Dará la medicina á su memoria
En cada nuevo alumno nueva gloria.

CUARTETO.

No quiso, inútil para el bien, la vida
Y apiadado el Señor miró su suerte;
Como un dosel las álas de la muerte
Dieron sombra á su frente dolorida.

G. P.

OTRO.

Le habló la muerte, y dijo:—"Mi divisa
Fué el amor al mortal; mi solo empeño:"
Y el signo entonces del eterno sueño
Vió del Dios de bondad en la sonrisa.

G. P.

EN EL PÉSAME, CUYA FUNCION SE VERIFICÓ EN EL COLEGIO DE S. ILDEFONSO, SE PRONUNCIARON LAS ARENGAS SIGUIENTES.

El Sr. Lic. D. Miguel Atristain, como presidente de la comision del colegio de Abogados.

El ilustre y nacional colegio de abogados, fiel á las inspiraciones de su respeto á la memoria de los mexicanos insignes, ha impuesto á la comision que tiene el honor de representarle en esta solemnidad, el grato deber de protestar á su nombre los mas sinceros votos de dolor por la pérdida irreparable del Sr. D. Pedro Escobedo, á quien la gratitud y la amistad unidas, consagran el público homenage que es debido al ingenio y á las virtudes eminentes. El colegio de abogados contribuye con la mas grata complacencia á las manifestaciones de aprecio con que se solemnizan las ecsequias de un ciudadano, que protegiendo á la juventud estudiosa, y consolando á la humanidad doliente, supo elevarse á un grado de gloria que no diste de aquel en que se llega por la senda ensangrentada y terrible de los héroes. Los individuos, pues, de esta comision, afectados de los mismos sentimientos que acaban de manifestar á nombre

de su colegio, desean que se conserve en el corazon de los mexicanos, la grata memoria del benemérito Escobedo, y unen sus votos de un perpetuo recuerdo á los de esta respetable concurrencia y á los del ilustre cuerpo á que pertenecen.—*Dije.*

El Sr. Dr. D. Ignacio Vera, por la academia dé Jurisprudencia teórico-práctica.

En medio del luto que hoy cubre, y del vivo sentimiento que afecta á todos los cuerpos literarios y científicos, reunidos á deplorar la muerte del Sr. D. Pedro Escobedo, tan distinguido por la beneficencia que de tantos modos ejerció en la vida privada y en los cargos públicos; tan digno de elogio por el impulso que dió á todas las ciencias, y tan eminente por lo vasto y profundo de sus conocimientos en la medicina, que tan desinteresada y acertadamente empleó en favor de la doliente humanidad; á nombre de la academia teórico-práctica de jurisprudencia, tengo el triste honor de manifestar: que no es de modo alguno estraña á este duelo comun, persuadida, como lo está, así de los reelevantes méritos del Sr. Escobedo, como tambien de que, unidas entre sí las ciencias por un vínculo estrecho, no puede sufrir alguna de ellas un gran golpe sin que todas lo resientan y se conmuevan fuertemente. Así es que, todos los miembros de la academia, al contemplar, poseidos del pesar mas intenso, que ya tocó en su fatal horizonte ese astro de primera magnitud, y deseando brille con luz mas apacible en la venturosa region donde no llegan ni los turbios vapores de la envi-

dia, ni los hálitos de las pasiones bajas, ni la tempestad de las discordias civiles: ocurriendo á los lenitivos y augustas esperanzas de la religion, unimos nuestros votos con los de este ilustre colegio y su respetable junta directiva, elevándolos al Dios de las ciencias, autor y remunerador de la virtud, y para quien el justo nunca muere, á fin de que el alma tierna, grande y elevada del Sr. Escobedo, tan pronta como sobreabundantemente reciba el digno premio de la dichosa inmortalidad.

El Sr. catedrático D. José María Diez Sollano, por el Seminario Conciliar.

Entre las instituciones, que dictadas por la misma naturaleza, nos han trasmitido nuestros padres, recibidas de sus mayores, no es ciertamente ni la de menor importancia, ni la menos justa, la de honrar á aquellos hombres, cuyas virtudes y talentos los han distinguido y colocado en una esfera superior á la del comun de sus semejantes: entre éstos, ocupa á la verdad, un muy distinguido lugar el benemérito Sr. senador D. Pedro Escobedo, cuyo triste fallecimiento hoy tan justamente lloramos; pues que, como los periódicos de esta capital, ecos de su fama póstuma, testifican, fué uno de aquellos séres benéficos, á quien, para consuelo de la humanidad doliente, dotó la Providencia de un talento precoz y filosófico, que unido á un teson infatigable en el estudio de la medicina, diese por feliz resultado conocimientos vastos y profundos en ella: de una índole compasiva á la par que bondadosa, que al mismo tiempo que con su dulce

carácter y amable trato suavizara los crueles dolores del enfermo desgraciado, apurase en su favor los recursos de las ciencias. Su decision por el adelanto en las mismas, bastante lo comprobais vosotros, ¡ó jóvenes dedicados á las árduas é interesantes investigaciones de la oscura ciencia del físico del hombre! en cuyos progresos, gratuitamente, con tanto desvelo trabajó.

Mas no es á mí á quien pertenece trazar el cuadro magnífico en sí, mas lúgubre á la vez, de sus virtudes y talentos. Trácelo norabuena México, testigo de su beneficencia; trácelo su ilustre senado, que llora en su pérdida, la de uno de sus mas dignos miembros: trácelo el célebre Ateneo, testigo de sus talentos y decision por las bellas letras y artes: trácelo, finalmente, el nacional y acreditado colegio de S. Ildefonso y Ciencias médicas, testigo de su afan en la propagacion de los conocimientos mas útiles que poseia.

Mi colegio, por las íntimas relaciones que con este lo estrechan, y yo, á su nombre, no podemos menos de tomar parte muy activa en sentimiento tan justo.

¡Plegue al cielo su alma grande sea por siempre feliz!

Por el Colegio de San Juan de Letran, dijo la siguiente arenga el catedrático de Jurisprudencia Licenciado D. Mariano Navarro é Ibarra.

Las palabras que á nombre del Colegio de San Juan de Letran, tengo la honra de dirigiros, no tie-

nen por objeto hacer un elogio del hombre ilustre, cuya memoria nos congrega hoy en este sitio, ni tampoco justificar el sentimiento que le causa su pérdida, porque junto de ciertos hombres toda alabanza es inútil, y porque los actos augustos y solemnes que han precedido á ésta, y la tristeza y el dolor que asoman en los semblantes de todos, son una prueba de que México ve su muerte como una calamidad pública. Quiero solamente deciros, que Letran no olvida los singulares favores que el Sr. D. Pedro Escobedo dispensó á muchos de sus alumnos; que en ese ángulo de esa ciudad desolada, es tambien conocido y respetado su nombre, bendecida su memoria; y que mi colegio, en fin, no queria ser el último en derramar una lágrima sobre su sepulcro.—*Dije.*

El Sr. D. Manuel Castro, por el colegio de Minería.

Señores: El seminario nacional de Minería, en este dia de llanto, de luto y de pesar, despues de haber elevado sus votos al cielo, durante la solemne y devota ceremonia del augusto sacrificio del altar, con fervor, humildad y compuncion al Sér Omnipotente por el descanso eterno del alma del virtuoso, benéfico y sábio D. Pedro Escobedo, le resta solamente manifestar, que su dolor es tan agudo como el que pueden sentir sus desgraciados deudos; tan acerbo, como el que atormenta á sus inconsolables amigos; y tan duradero, como el que lamentarán las útiles y filantrópicas corporaciones á que pertenecia.

Mexicanos, habeis perdido al hombre que por medio de su saber, adquirido en continuas vigilias y di-

latado tiempo de estudio, no solo os prestaba ausilio en vuestras enfermedades, sí tambien socorria con pródiga mano al indigente, y derramaba en vuestros corazones el bálsamo dulce de la conformidad: unid vuestras plegarias á las del seminario de Minería, y roguemos al Dios justo y misericordioso, le conceda el goce supremo de la paz, del deleite y de la bienaventuranza sin fin, como premio debido á su ardiente cuidado.

Quiera el cielo clemente, que el interesante plantel que Escobedo logró fundar á costa de trabajos y disgustos sin cuento, prospere y se perpetúe hasta las mas lejanas generaciones, y cuando en nuestro planeta solo se encuentren escombros informes de los monumentos mas suntuosos, mas ricos y mas fuertes, erigidos en nuestra época, recuerden los hombres con veneracion, gratitud y ternura, el caro nombre del amigo de la humanidad, de *Pedro Escobedo.*

El Sr. D. Antonio Sein, por el colegio Militar.

El sentimiento general y espontáneo que los mexicanos ilustrados han manifestado por la muerte del ciudadano Pedro Escobedo, es un testimonio inequívoco de las brillantes prendas que adornaron á ese hombre distinguido.

La república mexicana ha tenido una pérdida verdaderamente lamentable, digna de eterno sentimiento, pues ha visto desaparecer de su seno á una de las celebridades del siglo XIX, en las ciencias médicas. Por esta razon, los establecimientos científicos de la capital, le tributan hoy el homenage puro de gratitud

y de ternura, que se debe á la memoria de los hombres útiles: y el colegio militar por conducto de su comision, manifiesta al de S. Ildefonso, el pesar profundo que le ha causado la desaparicion de un hombre esclarecido, por las virtudes morales y cívicas que supo practicar en vida.—*Dije.*

El Sr. Lic. D. Sebastian Lopez, catedrático del colegio de San Gregorio.

El colegio de San Gregorio, Escmo. Sr., se siente inflamado en una emulacion generosa, y cree de su deber, pagar á la virtud su tributo de admiracion y de respeto. Sabe muy bien que el recuerdo de D. Pedro Escobedo, está unido con la imágen de la beneficencia, que recordará para siempre á México un establecimiento de comun utilidad, en el cual, si se instruyen con toda perfeccion jóvenes estudiosos, en provecho de la humanidad doliente, no á otro que á él principalmente se le debe al continuo afan de este sábio y virtuoso ciudadano, honor de su patria, y del suelo que lo vió nacer.

La posteridad que sabe distinguir el mérito de aquellos varones que no se doblegan al peso de los obstáculos, y que aun en medio de las mayores borrascas caminan á paso sereno, sin declinar de su grandeza de alma: que avalora los servicios, y no descuida de manifestar aquellas dotes con que suele premiar el cielo á uno que otro de los mortales: que no permite se pierdan en el olvido los esfuerzos y la constancia, la animosidad y el brio de ciertos hom-

bres: la posteridad, repito, por solo este hecho sabrá hacer el elogio que le corresponde.

D. Pedro Escobedo reunió virtudes, reunió ejemplos que no siempre suelen dar en público la cara, y que apenas son descubiertos por aquellos pocos que han logrado íntimo trato con el sugeto. Ademas de que en lo público, sus luces, su vasta erudicion y sus talentos, jamas dejó de emplearlos en bien de la sociedad á que pertenecia, contándolo en su profesion, entre los primeros que ha habido en la república; en lo particular derramaba la beneficencia en la choza del pobre, mudando las lágrimas que estaban para desprenderse de los ojos de la miseria, en espresiones de alegría, y haciendo que corriesen en su lugar sobre aquellas megillas, que empezaban ya á sonreirse con los arrebatos de la gratitud. Yo no hablo, señores, sino de un hombre que ya no ecsiste, y no puede caber adulacion donde solo reina el verdadero mérito.

El hombre de bien que dedicándose al ejercicio de la beneficencia, fué á un mismo tiempo protector, amigo y hermano de los hombres, como fué amado en vida debe ser llorado en la muerte con el amor mas verdadero y mas tierno. Las lágrimas mas dolorosas que del fondo de los corazones vuelan en pos de la pompa fúnebre del bueno, y acompañan noche y dia la soledad de su sepulcro, son monumentos mas gloriosos mil veces que los mausoleos de mármoles y bronces, y las pirámides colosales. Y si al amor de la virtud hermanaron estos varones de paz, la aficion á las letras, son mas y mas dignos de vivir en la memoria de las generaciones futuras, y de que la verdad

pronuncie su elogio en el templo de las Musas. A vosotros, cursantes de medicina, corresponde principalmente hacer su panegírico en todas ocasiones, y plegue al cielo que la causa primera que preside el destino de los hombres, os haga iguales en ciencia, al que se hizo recomendable por su honradez, virtud y talento.—*He dicho.*

El Lic. D. Mariano Otero, por la Junta directiva de instruccion pública.

Señores: Al levantarme para dirigiros algunas palabras de dolor en medio del duelo que aquí nos ha congregado, yo conozco muy bien que nada podria deciros que antes no lo hubiese sentido ya vuestro corazon. En las pompas suntuosas con que la vanidad quiere cubrir la nada de esos sepulcros, sin recuerdos de gloria, ni memorias de virtud, es necesaria una voz que se alce para decir lo que nadie sabe. Aquí todo está revelando lo que hemos perdido en D. Pedro Escobedo; todo está manifestando el deber que la direccion general de estudios tenia de asociarse al triste luto que hoy llevan todos los cuerpos científicos y literarios, todas las asociaciones filantrópicas, todos los corazones generosos de México. Nunca hubo, señores, un pesar mas general, mas espontáneo, ni tampoco mejor merecido.

El hombre que en la fuerza de la vida, acaba de desaparecer de en medio de nosotros, ocupó todos sus dias en un solo objeto, en descubrir los tesoros de la ciencia y en hacer bien á los hombres. Su beneficencia tan vasta y elevada como su alma, todo lo

abrazaba, desde el miserable para quien tantas veces fué en el lecho del dolor una segunda Providencia, hasta los cuerpos científicos de que era un digno adorno y en los que no veia mas que los medios mas eficaces de servir y elevar á la especie humana. Para él el trabajo del pensamiento que inquiere las secretas y portentosas leyes del mundo, no era una indagacion de curioridad, ni un afan del orgullo, sino el cumplimiento de un deber religioso, impuesto á los que han recibido de Dios el génio que conquista esos tesoros. Aprender y enseñar era su constante y decidido empeño: hijo de una época en que las ciencias naturales eran tan desatendidas, como poco apreciadas, la enseñanza fué su pasion favorita y la juventud médica el mas tierno objeto de su cariño. Esa juventud, señores, que él tanto amaba, por la que tanto hizo y de la que se ocupó hasta el último de sus dias, está aquí: sus buenos y queridos hijos lo han llevado á la tumba, la han regado con las lágrimas ardientes de la gratitud, y yo diria que su dolor era el mas bello monumento de su maestro, si no viera tambien las lágrimas del infeliz, cuya suerte siempre consoló!. . . . Señores, el hombre que hemos perdido merece las demostraciones que han honrado su tumba: su vida, que era nuestro encanto, ha pasado á ser nuestro modelo: llegó al triste término de la vida sin desmentir su virtud ni empañar su gloria. ¡Felices, señores, los hombres que como él, al abandonar este mundo de dolor y de injusticia, no dejan mas que recuerdos de amor y ejemplos de virtud!

———

El Sr. D. Manuel Robredo por el Consejo superior de Sanidad.

Señores.—El consejo superior de salubridad, á quien ha cubierto de luto la temprana muerte de uno de sus mas dignos miembros, tiene el honor de manifestaros su profundo sentimiento, para que sirva en alguna manera de lenitivo al vuestro.

La juventud ha perdido un protector infatigable; la patria un ciudadano distinguido; la ciencia un profesor laborioso; toda la humanidad un amigo fiel y desinteresado. Debe, pues, el consejo, decir tambien su pesar á la juventud, á la patria, á la ciencia, y á la humanidad.

Justo es recordar, señores, en tan solemne ocasion, que estudiar la naturaleza, propagar las luces, socorrer desgraciados, y conciliar ánimos divididos, fué en compendio la útil vida del benéfico profesor, cuyo fin prematuro tristemente deploramos.

Pero aun el mismo recuerdo de sus virtudes, que justifican nuestro acerbo dolor, aumenta nuestra amargura. ¿Quién será capaz de consolarnos? Solo el Padre de las misericordias, cuyos inescrutables decretos bendecimos aunque agobiados por el peso de la desgracia, puede enjugar tantas lágrimas y reparar tan lamentable pérdida.

¡Señores! Las regiones que se estienden mas allá del sepulcro, pertenecen al pais de la verdad, y esta nunca brilla con mas fulgor á los mortales que cerca de una tumba.

Las virtudes cristianas de un filósofo aparecen en la que ahora ácabamos de regar con nuestro llanto, y nos enseñan que la tierra no es la morada propia

del hombre privilegiado que las posee.... Por esto ya Escobedo no ecsiste entre nosotros.

¡Jóvenes alumnos de la escuela de medicina, llorad á vuestro padre!

¡Sábios profesores, honrad las cenizas de vuestro compañero!

¡Ilustre colegio, que amo tiernamente cual reconocido hijo; tú, que entre tus glorias has tenido la nueva de escribir en tus fastos otro nombre de honor que ya te pertenece, perpetúa su memoria!

El Sr. D. Francisco Manuel Sanchez de Tagle, por la Academia de San Carlos.

¡Cuán esacta imágen de nuestra frágil vida nos presenta el rastro fugaz que deja en las aguas estancadas el vuelo rastrero del Avion!.... ¡Qué sima tan inmensa la que divide los vivos de los muertos!.... ¡Qué impotente es la mano de la filosofia para calmarla, y para restañar la sangre de las heridas que abre la muerte en nuestros corazones!.... Tú sola, sí, tú sola, religion santísima, descendiendo del seno del Eterno para enjugar el llanto con que el dolor anubla nuestros ojos, los haces ver la ligacion y puntos de contacto del tiempo y de la eternidad; y enseñándonos que el justo nunca muere, que nos ve, nos ama y solo está interpuesto entre él y nosotros un velo, tupidísimo, sí, para los ojos de la carne; pero muy trasparente para los de la fé, cicatrizas nuestras llagas con el bálsamo de la consolacion.

Sí, compañeros mios en el pesar, nuestro muy caro amigo el Sr. D. Pedro Escobedo, cuyos restos mor-

tales acabamos de entregar en depósito al santuario, está aquí, en medio de nosotros, en este teatro respetable que riegan siempre los sudores del sábio, y hoy las lágrimas de la amistad. Su alma noble, revestida de luz y cortejada de espíritus angélicos, reside en este templo que hemos erigido á la melancolía; y aunque agradecida y amorosa, desaprueba hasta cierto punto, los escesos á que nos pudiera conducir el dolor. Suspendamos, pues, un poco los tristes suspiros con que hemos puesto en agitacion pavorosa las pálidas luces del santuario, para dar lugar á las reflecsiones religiosas.

¿Por qué agrupados en derredor de la tumba de nuestro buen amigo, turbamos con gemidos el dulcísimo reposo de que gozan sus manes? Quédese el dolor inconsolable para las muertes de los que en ellas pierden todo el bien que prefirieron insensatos; pero el justo, el sábio, el beneficentísimo Escobedo ¿qué ha perdido de lo que apeteció? ¿Qué ha dejado sino lo que amargaba su ecsistencia? Nunca amó mas que la verdad, y ambicionándola afanoso, gemia en la dura necesidad de buscarla vanamente por entre sombras y tropezando con horrores: hoy la ve de hito en hito; ya para él no tienen secretos ni la naturaleza ni el Criador; y su alma se abisma en el indecible deleite del saber.

Amaba la virtud, y suspiraba inconsolable viéndola siempre perseguida, subyugada y remedada por el vicio: hoy en el seno de la divinidad, goza de toda su hermosura; ve el por qué de esa persecucion; los realces de pureza que el Soberano Artífice le da en

ese crisol, y el cuándo ha de romperlo. Ansiaba inesplicablemente por la felicidad de su patria, por el alivio de los menesterosos, por arrancar víctimas de manos de la insaciable muerte, y se afligia al ver que sus esfuerzos y recursos se quedaban tan atras de sus deseos: hoy, amigo íntimo del poder infinito, desea y consigue, pide y es escuchado en el momento. Sacudió ya la dura ley de los miembros, contra la que luchaba tanto su rectísimo espíritu. Se despojó de la corteza de carne mortal; de ese cuerpo agobiado de tantas vigilias y trabajos, atormentado de enfermedades y dolores; pero por muy pocos instantes, y para volverlo á tomar cuando, á la voz del ancángel, se le devuelva trasformado en luz y en inmortalidad. ¿Qué es, pues, lo que ha perdido, ó por mejor decir, qué es lo que no ha logrado? Y siendo así, ¿por qué enturbiamos el dia purísimo de su triunfo, en que son coronadas todas sus virtudes, con los vapores de nuestro amargo llanto?

Es verdad que, si él nada ha perdido, la patria, la humanidad, las ciencias, las artes y nosotros, podria decirse que lo perdimos todo. Pero reflecsionemos que si él se ocultó de nuestra vista, nosotros no estamos escondidos á la suya; vive el amor que nos tenia, ve nuestras necesidades, y hoy tiene mas poder para remediarlas. Ya no lo verá la patria correr sudoroso, en pos de algun remedio para envejecidos males públicos; pero sentirá la eficacia de sus ruegos; pero el poder de sus ejemplos y el esplendor de sus acciones, la proporcionarán otros buenos hijos que trabajarán por imitarlo. No lo veremos mas velar

en el estudio y en la meditacion, ó al lado de la doliente humanidad, procurando (muchas veces sin fruto), arrancar á la naturaleza los secretos que guarda avaramente, y á la muerte las víctimas que sacrifica despiadada; pero de lo que él supo y enseñó, se aprovecharán muchos; el lustre de su saber y beneficencia sostendrá á otros en esa penosísima carrera; su gloria estimulará á todos, y los necesitados y pacientes, continuarán recibiendo socorros de él, aunque por medio de otras manos.

Y nosotros, amigos que amó tanto, ¿cómo reemplazaremos esta pérdida? ¿Quién nos consolará en nuestras penas? ¿Con quién dividiremos nuestros gozos?.... ¡Ah! No demos lugar en nuestros ojos á las lágrimas del amor propio que siempre tienen un no sé qué de vergonzoso; sea nuestra amistad tan pura como lo era la suya; él sigue con nosotros, él lo hizo todo por nosotros, y todo lo ha dejado para nosotros: sus preciosos restos para nuestra veneracion, y á fin de que se los devolvamos impasibles; su beneficencia, sus virtudes, su patriotismo, sus afanes científicos, su deseo por el lustre de las artes, para que jamas las olvidemos, y procurando imitarlo, seamos dignos de hacerle compañía.

Vive Escobedo, amigos mios, y vivirá mientras haya un resto de gratitud y de amor á lo grande, en los corazones mexicanos. En esta firme persuasion las Bellas Artes, de las que en este dia soy torpe intérprete, se afanan por eternizar la memoria de su decidido, amantísimo benefactor; pero dejando para adornar los sepulcros de los que verdaderamente mue-

ren, las estatuas lagrimosas, y los cipreses fúnebres, de móviles y pavorosas sombras y de medrosos ruidos, adornarán el túmulo glorioso de Escobedo con hermosos grupos, que representen, en variadas actitudes de amor y gratitud, el crecidísimo número de los que ilustró con su saber, sanó con su eficacia, socorrió su liberalidad, consoló en sus desgracias, y estimuló con su ejemplo á ser patriotas y virtuosos. En vez de esos árboles y plantas melancólicas, colocarán las artes en torno de la tumba, en esquisitos vasos etruscos, frondosos árboles cargados de sazonados frutos, símbolo de ser la madurez perfecta el principio de la disolucion para revestirse de otra forma mejor; colocarán ramilletes de hermosísimas flores, para denotar que aunque su duracion es corta, y se marchitan y deshojan, ya dejan el ambiente embalsamado, y sobrevive á ellas su fragancia.

Sí, compañeros mios, este será el sistema de trabajos fúnebres de las agradecidas nobles artes; tales serán los pensamientos que sensibilicen en lienzos, en mármoles y en bronces. Imitémoslas; desahoguemos así nuestro dolor; consolémonos de esta manera noble. Y tú, alma santa, digno objeto de nuestros cariños, deseos y ardientes lágrimas, descansa en paz en el seno de la Divinidad, que tanto te privilegió: disfruta eternamente lo que te merecieron tus afanes; y ruega sin cesar por tu patria y tus fieles amigos.—*Dije.*

El Sr. D. Ignacio Duran por la Compañía Lancasteriana.

Señores: Un deseo, un pensamiento nos ha reunido aquí en este dia: pensamiento de luto y de tristeza, deseo ferviente de aliviarla lamentando, ya que no podemos reparar la pérdida de un amigo virtuoso, de un profesor esclarecido, de tributarle públicas alabanzas, y de honrar con dulce llanto su memoria.

Y ¿quién será tan insensible que en este acto solemne no esperimente emociones tiernas á la vez que vivas y profundas? ¿Qué mexicano habrá, amante de los hombres y de las ciencias, á quien contemplando el sepulcro de Escobedo, no palpite el corazon con fuerza, y se levante en su pecho un sentimiento de inesplicable melancolía?

El ciudadano ilustrado y modesto, cuyos principios filosóficos eran la humanidad, la tolerancia, la beneficencia; el que pensaba que no se debe desesperar jamas del género humano, fuerza es que interese á sus contemporáneos, fuerza es que interese á la posteridad.

Pues tales eran, bien lo sabeis, señores, las prendas mas relevantes de Escobedo, de uno de los dignos colaboradores que hoy deplora la Sociedad lancasteriana, mezclando sus lágrimas al llanto general y haciendo público su dolor.

Grande es el que me oprime por la pérdida de tan insigne amigo; pero la honrosa comision que desempeño, mas bien que aumentar este pesar profundo, derrama en mi alma un bálsamo calmante y consola-

dor. Sí, yo recuerdo en este momento todas sus bondades, todos sus afectos, y especialmente uno que era en él superior á los demas: aquella inclinacion que llenaba su alma y la dominaba, aquella pasion decidida hácia la juventud aplicada y empeñosa. Su poder y sus bienes eran para ella un comun y público recurso, y se habia impuesto como un deber ilustrarla con sus consejos, animándola con su ejemplo á las empresas mas árduas de la ciencia. ¡Ah! ella le paga tan noble afecto: le mira como á su angel de consolacion; y ya que no le es dado recoger de su boca, yerta y sin vida, las doctrinas y mácsimas saludables que le comunicaba, rodea la tumba del adorado maestro y la riega de flores y de llanto. ¡Dichoso aquel que ha sabido merecer tan puras, tan inestimables ofrendas!. . . .

Sí, ¡mi amado condiscípulo, mi amigo caro! Tú has bajado al sepulcro, llorado de todos, de todos sentido: tú nos dejas consignado tu nombre como una palabra mágica de union y de fraternidad. Recibe esta memoria que te consagra mi ternura. Has desaparecido de entre nosotros; pero habitas en la mansion de los justos, porque eras bueno, porque eras piadoso. Vela desde allá sobre esta beneficiosa Compañía para que continúe, como hasta aquí, prestando á la patria el mayor servicio que se le puede hacer, sacar á los hombres de la ignorancia, fuente copiosa de desastres y causa principal de todos sus males. Y si alguna vez nos miras lánguidos ó en riesgo de ser presa del desaliento, haz entonces que se presente á nosotros tu cara sombra y nos dé nuevas fuerzas, nuevo valor. Un recuerdo de tu constancia hará re-

vivir entre nosotros el estímulo, y se llenarán los ardientes votos en que rebosaba tu corazon siempre anheloso por la educacion de la juventud mexicana. —*D.*

El Sr. Jimenez por la Academia de Medicina.

La Academia de medicina de México, á cuyo nombre tomo la voz, viene á pagar junto al sepulcro mismo de su socio y fundador ilustre, un débil tributo de gratitud á su memoria, y de respeto y admiracion á sus virtudes.

A nombre de la ciencia y de la humanidad, viene á llorar la pérdida de su mejor amigo, y á poner sobre sus cenizas la corona envidiable con que premian al hombre sabio y benéfico, al promovedor infatigable de la ilustracion y alivio de sus semejantes.

Sea ofrenda grata á su memoria el voto de ternura y veneracion de sus amigos, y el llanto de bendicion y reconocimiento de sus numeresos discípulos y beneficiados.... Sea el nombre de Escobedo, la voz de aliento y de entusiasmo para llevar adelante la obra generosa de caridad y filantropía.... Cubra su sombra protectora los establecimientos de instruccion y beneficencia pública, donde se encuentran monumentos eternos de su gloria!—*Dije.*

El Sr. Lacunza, por la Academia de Literatura de San Juan de Letrán.

Los hombres que obtienen el poder, no necesitan otra cosa para adquirir gloria, que cumplir con los de-

beres á que los ha destinado la Providencia; pero para elevarse desde la oscuridad de una profesion científica hasta el puesto en que se obtienen los aplausos y una memoria póstuma, es necesario un alto mérito personal, que no se pierda en el mérito ordinario de los compañeros. Y tal fué el del hombre cuyo funeral hemos tenido el dolor de presenciar.

En los primeros dias de su vida, su posicion no le anunciaba su destino: creyó sin duda, que al abrazar una profesion que presentaba, entonces, cerrados todos los caminos de progreso en que la sociedad abandonaba á los jóvenes á sí mismos, no hacia otra cosa que buscar el premio de la virtud desvalida, pan por su trabajo; mas en el alma de Escobedo habia un poder mayor; un poder de vivificacion, de creacion, que debia animar todo cuanto tocase.

No era esta la energía que subyugaba al mundo material, sino ese poder mas noble, que despierta las facultades intelectuales y morales; que comunica nuevos impulsos á la sociedad, pone en circulacion pensamientos nuevos y benéficos que triunfan al fin de los desprecios, de las contradicciones y de los obstáculos con la fuerza suave, pero irresistible de la verdad. El progreso de la ciencia médica era la idea fija de Escobedo; perfeccionar el entendimiento é inspirar á los hombres ese amor de saber que debia alguna vez conducirles á la mayor altura en los conocimientos, este era su grande objeto.

El voto público le llamó diversas veces á representar á la nacion: el respeto de sus conciudadanos no habia podido rehusarse al hombre que mostraba tan-

to entusiasmo por el bien; pero la gloria de la tribuna se oscurece ante la del profesor: esta era la corona brillante del hombre: desde la humilde choza donde prestaba socorros generosos al desvalido, pasaba á los salones de los grandes, no á pedir cosa alguna para sí, sino á consolarles en sus dolores y á propagar ese pensamiento, que cree su hijo, el Colegio de medicina. Allí era donde, apoyado en el influjo, consecuencia del bien que les dispensaba, ejercia todo ese poder de persuasion: no el poder que tiene por objeto subyugar á sus semejantes y limitar sus facultades; al contrario, el que procura ampliar éstas, y aumentar el saber, el bien y la libertad.

Dios escuchó sus votos: la ciencia obtuvo al fin una habitacion en México y una promesa de recursos, porque no pueden llamarse de otro modo las asignaciones que se le hicieron: la idea benéfica de Escobedo habia encontrado, en muchos de sus compañeros de profesion, dignos colaboradores, y ellos consagraron su tiempo y sus talentos, su única riqueza, al colegio en que pensaban educar á la juventud de un modo que á ellos mismos no se habia educado. Y se consagraron á esta empresa como se consagran las almas grandes, para hacer bien sin retribucion. Yo miro en este lugar á algunos de ellos; no pronunciaré sus nombres: la luz de la gloria brilla, mas entre la oscuridad de las tumbas, que sobre la frente de los vivos; pero la pompa de hoy es para ellos una promesa de inmortalidad.

Su nombre se unirá al de Escobedo, y este vivirá. El pensamiento del bien del hombre oscuro, pue-

de vivir cuando los tronos han caido, y cuando la memoria de los que los ocupaban se ha perdido ya en el olvido, y puede iluminar á las generaciones futuras, y beneficiarlas. Acabamos de sepultar el cadáver de Escobedo; pero ese cuerpo no es el hombre: la mejor parte de él, su pensamiento, su gloria, son el Colegio de medicina, y ese, "lo espero por el adelanto de la ciencia, por el honor de México, y por el bien de la humanidad," no se sepultará jamas.

El Sr. Lic. Lafragua por el Ateneo mexicano.

Señores: Un deber santo nos reune hoy al rededor de la tumba de D. Pedro Escobedo; porque sobrado tiempo se ha desconocido el mérito real entre nosotros, y es ya indispensable dar una prueba auténtica de que el talento y la virtud sobreviven á la muerte. Los hombres que por esas cualidades se han hecho acreedores á la estimacion pública, han bajado al sepulcro sin otros homenages que las lágrimas de sus deudos y amigos, derramadas en secreto, y como huyendo de que la sociedad las viese correr, y fulminase un anatema contra los justos apreciadores de las bellezas del alma y del corazon. ¡Anéguense unos en interesado llanto por el rico; vístanse otros de forzado luto por el magnate: ni la riqueza ni el poder arrancarán un *¡ay!* sincero; porque ese llanto y ese luto serán mentidos; porque el dolor no se manda!. . . .

¡Cuán diferente es, empero, el espectáculo que hoy

ofrecemos á la república! D. Pedro Escobedo era nuestro amigo: nuestras lágrimas vienen, pues, del corazon. Era un sábio: la justicia dicta nuestras palabras. Era un hombre de bien: la sociedad toma parte en nuestra pena y se honra con el tributo de nuestra gratitud.

Un corazon tierno y cariñoso, un carácter franco y leal, un afecto constante y sincero; hé aquí las principales cualidades de nuestro amigo; cualidades que en este siglo calculador y sin fé deben ser tanto mas preciadas, cuanto son mas raras. Talento positivo, juicio recto y profundo, instruccion sólida, variada y estensa; crítica severa, inteligencia y maestría en el ejercicio de su profesion; tales eran las dotes del sábio. Actividad en los negocios, circunspeccion en su modo de obrar, tolerancia de las opiniones y errores de los demas, y caridad y beneficencia, eran las virtudes del hombre, que en el hogar doméstico, en la escuela del saber, y en el lecho del moribundo, cumplia fielmente los deberes de buen ciudadano. Cualquiera de estos títulos basta por sí solo, para fundar una reputacion honrosa. ¡Cuál debe ser la de D. Pedro Escobedo, que los reunió todos!

La historia imparcial juzgará al hombre público; pero ni ella ni nosotros podemos, sin injusticia, desconocer en él, patriotismo desinteresado, pureza de intencion, amor á la libertad, moderacion y cordura. Los principios democráticos de nuestro siglo eran su símbolo; y quizá, como ya se ha dicho, el sentimiento de las desgracias de la nacion, y la lucha entre sus deseos y las dificultades producidas por circunstan-

cias que solo él podia valorar, contribuyeron muy eficazmente á acelerar la dolorosa catástrofe que lamentamos.

Amante apasionado de las ciencias y de las artes, desplegaba la actividad de su génio para franquear todas las avenidas de adelantos, y derramar los conocimientos útiles, bases únicas é indestructibles del progreso y de la libertad. Testigo el Colegio de medicina, objeto de sus mas tiernos cuidados y de sus mas nobles desvelos, cuyos cimientos puso, para depositar en él un gérmen de sabiduría, que fecundado incesantemente por sus lecciones, ha producido ya sazonados frutos. En ese plantel cosechará todos los años nuestra sociedad nuevos bienes, y clavará siempre en él la humanidad afligida una mirada de esperanza y de salud.

No habia proyecto de utilidad pública en que D. Pedro Escobedo no tomara parte; no habia una asociacion de beneficencia que no le numerase entre sus protectores. Díganlo, si no, los establecimientos á que pertenecia, y que han venido á esta fúnebre y solemne reunion, no para llenar las convenciones del uso, sino para cumplir las prescripciones del deber. El Ateneo mexicano, á quien tengo la no merecida honra de representar, satisface con la tristeza de la orfandad una deuda de gratitud, y desempeña á la vez una obligacion de justicia, bendiciendo la memoria de uno de sus mas dignos socios, al cual en su nombre vengo á dar el último adios, colocando una flor en su sepulcro, y regando sus tibias cenizas con una lágrima de amistad.

Una noche serena, en que en medio de la magestad de las tinieblas se descorre el magnífico velo tejido por la mano del Criador, derramándose mil estrellas por la inmensa estension del firmamento, es mas grata al corazon y produce mas dulces sensaciones, que un dia brillante, en que el sol de estío parece desplomarse sobre el mundo. ¿Qué importa, pues, que D. Pedro Escobedo no haya gozado en vida, pudiendo, de las delicias del lujo y de la opulencia, si hoy es honrado con los mas inequívocos testimonios del aprecio universal? ¿Qué importa que su nombre no ocupe largas páginas de nuestros anales, si los pocos renglones que le consagre la historia no serán escritos con sangre, ni marcados con un sello de oprobio? ¿Qué importa que sus hechos no nos recuerden grandes proezas que admirar, si nos dejan nobles ejemplos que seguir? ¿Qué importa que no le llamemos génio, si le llamamos hombre de bien? ¿Qué importa que no le haya embriagado vivo la borrascosa gloria de la grandeza, si le vela muerto la apacible gloria de la virtud? ¿Qué importa, por último, que la mano de la adulacion no grabe en su tumba altos blasones ni fastuosos títulos, si la de la gratitud escribe en ella con lágrimas una plegaria al cielo y un recuerdo al mundo?

Grande es nuestra pérdida, señores; porque los hombres eminentemente buenos, son meteoros que aparecen no mas de tiempo en tiempo, para servirnos de faro en la carrera de la vida. Los honores que tributamos á D. Pedro Escobedo, son necesarios y ademas útiles, porque los homenages rendidos al virtuo-

so y al sábio, son el mejor incentivo del talento y de la virtud, que como todas las cualidades humanas, se debilitan y mueren por falta de estímulos. Así, esta fúnebre solemnidad no solo servirá de desahogo á nuestro dolor, sino que, como pública prenda de la justicia de la sociedad, probará á la actual generacion y á las que tras ella vengan, que ni el poder ni la riqueza son partes á conquistar la estima de la posteridad; y que, como dice D'Aguesseau, *el mérito verdadero es el solo bien que no se compra en el mundo; porque el público, siempre libre en su voto, da, pero nunca vende la gloria.*

El Sr. D. Aniceto Ortega, por los alumnos de Medicina.

Escmo. Sr.—Despues que en nombre de tantas ilustres corporaciones se han presentado algunos de sus miembros á manifestar sus sentimientos por la pérdida del Sr. D. Pedro Escobedo, me presento en nombre de los alumnos de la escuela de medicina, no á esponer en frases elegantes, un sentimiento bastante natural y conocido de vosotros para insistir demasiado sobre él, sino á tributarle un homenage público y respetuoso de reconocimiento, por los innumerables beneficios de que nos ha colmado; ojalá estuviese aún en estado de recibirle; creo que lo aceptaria con gusto, porque lleva por sello la sencillez y la sinceridad.—Mas ya vemos que esto es imposible, que no recibiremos de él ni una mirada de inteligencia, ni una sonrisa de aprobacion, y al considerar es-

to, una amargura intensa se derrama en nuestros corazones. Contemplad ahora este grupo de jóvenes que os cerca; en él no encontrareis sino jóvenes sin apoyo, que lloran á su protector; jóvenes ávidos de conocimientos, que en vano ya los esperan del que con madura esperiencia y tan cariñosamente se los comunicaba; y á jóvenes, en fin, que si leyéreis en su corazon, solo podriais comparar su dolor con el que se esperimenta por la pérdida de un padre; pero, padre tierno, afectuoso, y al que se veia gozar en los progresos de su familia médica, prodigándole incesantemente el fruto de sus tareas y conocimientos científicos; por la cual se sacrificó con todos sus haberes, en la que deliraba aun antes de su formacion, y en cuyo seno lo vimos descansar tranquilamente, hasta que la mano de la fatalidad vino á arrancarle.... Entonces se encontró en un lugar donde no respiraba la grata brisa del estudio de las ciencias, para las que el Señor lo habia destinado, sino los vientos tempestuosos y abrasadores de las pasiones políticas que lo marchitaron rápidamente; y cuando en este estado quiso volver á su querida ciencia, ya no veia como antes la máquina del hombre perfecta y pura, sino alterada y corrompida.... Cuando muere un padre, el mayor testimonio de amor que pueden darle sus hijos, consiste en conformarse plenamente con sus voluntades, en seguir fielmente sus consejos, en practicar las lecciones de virtud que les ha dado, y en tener una conducta que sea aprobada por él desde el cielo.

Nosotros, pues, creemos no poder mostrar mejor

nuestro amor y gratitud al Sr. D. Pedro Escobedo, que protestando solemnemente, como lo hacemos ante la Junta general de estudios, ante V. S. y los dignos profesores que con tanto acierto nos dirigen en el cultivo de las ciencias médicas, que por nuestra parte procuraremos siempre corresponder con todo empeño á los esfuerzos que se hacen por nuestros adelantos, y fecundar con nuestra laboriosidad y aplicacion, el gérmen de ciencia y virtudes que con su ejemplo depositó en nuestro seno, el profesor que desde el cielo nos mira y desde allí nos continuará la proteccion que nos dispensaba en la tierra.—*Dije.*

ELOGIO FÚNEBRE

PRONUNCIADO POR EL SR. D. MANUEL CARPIO, VICE-RECTOR DEL COLEGIO MÉDICO EN EL DE SAN ILDEFONSO, EL DIA 15 DE FEBRERO DE 1844.

Escmo. Sr.

Era costumbre antigua entre los pueblos dar cierta especie de culto á los muertos, culto inspirado por el amor, ó bien por la gratitud y el respeto: este sentimiento tan laudable en las familias y naciones, degeneró de su sencillez primitiva por aquel espíritu de insensatez y de vértigo tan comun en nuestra raza, y se llegó á inventar el apoteosis por la que los vivos divinizaban á los muertos; menos en Roma,

donde se necesitaba un decreto del senado para aumentar el número de los dioses: así el divo Julio César, que como dice un escritor, no hubiera logrado ni sepulcro, tuvo templos y altares por una casualidad, por la casualidad de que entonces era cónsul Marco Antonio.

Los deberes piadosos para con los muertos, deberes consagrados por todas las religiones, han pasado siglo por siglo hasta nosotros. Este pensamiento tan sublime como universal, prueba que las almas son acreedoras por sus virtudes domésticas y públicas á la memoria y homenages póstumos de los hombres. Retribucion justa y debida á las personas que consagraron su vida á la felicidad de sus amigos, de los estraños ó de la patria: este honor que por un lado es una compensacion del mérito, es asimismo por otro un estímulo mas, que debe darse á los vivos, presentándoles cuadros interesantes de hombres honrados y benéficos, cuya buena conducta ecsige imitar las acciones nobles y generosas. Por esto en el cerámico de Aténas se recitaban elogios fúnebres en memoria de los soldados muertos en defensa de la república, uso á que debemos la oracion del bravo y elocuente Pericles. Ved aquí un motivo semejante que nos ha reunido en el lugar, á saber; quemar un poco de incienso á la beneficencia pública y privada del Sr. D. Pedro Escobedo, y animar así á la juventud médica á seguir las huellas gloriosas de aquel estimable profesor.

Duro y penoso es volver los ojos atras para contemplar el cuadro de la literatura mexicana en tiem-

po de los vireyes. Por causas multiplicadas, que no es del caso referir, miró la corte con desdeñosa frialdad, y á veces con aversion, los conocimientos profundos, señaladamente de las ciencias naturales, y puso sobre ellas una mano ardiente que secó sus hojas y sus frutos y sus raices, como hace con las plantas el viento del desierto. Se daba la enseñanza bajo planes truncados, y con métodos embarazosos é incoherentes, sin libros, sin proteccion y hasta sin esperanzas: de semejante estado de cosas, no podia resultar en los jóvenes sino una especie de indiferentismo literario y el desaliento y el fastidio, y un mortal desconsuelo, porque es inconsolable la desesperacion. Esto no quiere decir que aun en medio de tan grave desconcierto, faltasen genios resueltos y laboriosos que con sus esfuerzos personales se sobrepusiesen á su siglo, y manifestasen que la asiduidad en el trabajo arrastra con todos los obstáculos que le opone la naturaleza y la sociedad. No era dable que el alma generosa y positiva del Sr. Escobedo se quedase impasible y tranquila, cuando hecha ya la independencia, empezaban á agitarse y combinarse los elementos de las cosas, como allá en el antiguo caos: este hombre conoció que la transicion vigorosa que acababa de efectuarse en la política, debia refluir en la suerte de las ciencias; y como veia bastante claro, llegó á entender, que aunque dificil, no era impracticable la reforma en la enseñanza de la medicina. Como esta idea noble era filantrópica, les ocurrió tambien á otros amigos suyos, que cual él, deseaban vivamente los adelamientos de la profesion y el bien de la huma-

nidad, y les fué tan fácil combinarse en los planes, como embarazoso ejecutarlos: pasiones é intereses, preocupaciones, y aun candores, se cruzaron y chocaron de mil maneras, y la fuerza resultante de aquellos elementos retardó inmensamente el movimiento de reforma que debiera ser natural. El Sr. Escobedo emprendió la obra, y no levantó de ella la mano hasta su muerte. Admira aquella tenacidad, aquella buena fé, aquel desinteres que siempre manifestó en su proyecto; y solo viéndolo puede creerse que en mas de veinte años de trabajo y porfia para llevarlo al cabo, no se notase ni desaliento ni frialdad; y es que le tocó una alma fuerte y buena, incansable y honrada. Fundado ya el establecimiento en 833, aun le quedaban á este benemérito profesor fatigas que sufrir y obstáculos que vencer, porque una empresa nueva está siempre rodeada de enemigos ó de descontentos, ó de gentes que tienen el oficio tan triste como estéril de censurarlo todo; y de aquí que llevara la escuela sacudimientos tan fuertes, que á no ser por la constancia del Sr. Escobedo y de sus compañeros, habria venido á tierra el edificio; pero la firmeza de suella voluntad resistia las tempestades, al paso que negociaba á favor de sus proyectos en diversos ministerios entre sus numerosos amigos con heroica importunidad. Mientras trabajaba por afuera, dedicaba horas preciosas al servicio interior de su catedra, con tal desprendimiento, que por algun tiempo, lejos de recibir sueldo, hacia desembolsos de su parte como el resto de los catedráticos. Aquí es preciso rendir un homenage puro y sincero de la efusion

de nuestra gratitud al Sr. D. Luis Gonzaga Vieyra, amigo y protector el mas resuelto y afectuoso de la Escuela de medicina de México, pues con la mayor espontaneidad se empeñó en los adelantos de la ciencia, dispensando, no solo amparo á su estudio, sino tambien distiguida amistad á los profesores, y entre ellos al Sr. Escobedo, cuyo mérito no podia ocultársele.

No era aquella la vez primera que este profesor estimable dedicó sus importantes tareas á la enseñanza pública: desde antes de la fundacion del colegio, ya habia servido con su eficacia acostumbrada la cátedra de operaciones, establecida y sostenida á espensas del filantrópico profesor D. José Ruiz. En ambas épocas de enseñanza práctica adquirió aquella destreza, aquella facilidad y aquella confianza tan necesarias á un cirujano, bien que ya contaba naturalmente con cierta propension irresistible á este ramo de la medicina, ramo que, lo diré de paso, cultivó con mas ardor y con resultados mas honoríficos.

Entre los objetos de su predileccion ocupaba la juventud médica un lugar muy señalado: no satisfecho demasiado con las lecciones que daba en la cátedra, prestaba, y á veces donaba á los discípulos, libros, estampas é instrumentos; y no es dificil que se hallen aquí presentes algunos á quienes ausilió de otros modos. Así es, que á fuerza de cariño y de bondades se atrajo el justo aprecio de los jóvenes que miraban reunidos en él los títulos amables de maestro, de protector y de padre; y de esta manera se esplican las sensaciones fuertes y apasionadas que han manifes-

tado los alumnos al recibir la noticia de su muerte; sensaciones tanto mas verdaderas, cuanto que de un muerto nada puede temerse ni esperarse.

A consecuencia de los numerosos vaivenes que sacudieron á la Escuela de Medicina, llegaron á cerrarse las cátedras: este golpe, que hirió en lo mas vivo el corazon de Escobedo, lejos de abatirlo, lo animó nuevamente á reunirse con sus compañeros para formar el plan de una Academia de Medicina, donde los profesores pudiesen establecer un comercio de luces en obsequio de la humanidad. Con este espíritu de propagandismo se fundó aquella asociacion, cuyo primer pensamiento fué la creacion de un periódico. Ambas empresas demandaron trabajo y constancia, deferencias y dinero; pero aquel hombre perseverante concurrió á las tareas académicas, y concurrió á los gastos. Seis años han corrido desde aquella fundacion, y el periódico ya consta de seis tomos. Su publicacion ha tenido influencias últimamente trascendentales, y ha propagado conocimientos positivos, que sin esto se habrian quedado en el gabinete de pocos: se leen allí observaciones que ciertamente faltan en los libros, y las discusiones científicas respiran sinceridad filosófica: confesamos modestamente que no son muchos los descubrimientos, desconsuelo que nos es comun con todo el género humano, porque la naturaleza es tan indócil como caprichosa, y rara vez está para descubrir un misterio; antes bien al parecer se complace en mortificar la soberbia de los filósofos.

Cuando se observaba la conducta profesional del Sr. Escobedo, se notaba en medio de su seriedad,

que algunos equivocadamente calificaron de orgullo, cierta franqueza, cierta humanidad y cierta dulzura que no se pintaban de pronto en su semblante; pero que despues se conocian sin esfuerzo y animaban la confianza de los enfermos. En el lecho del dolor era donde se desplegaba su oficiosidad y filantropía, rogando, persuadiendo y consolando á los pacientes, que en varios casos suelen necesitar menos de los remedios que de la espansion del espíritu. Nunca su casa estuvo cerrada para los pobres; antes bien encontraban allí á un hombre afable y compasivo, que sacrificaba por ellos el descanso que necesita la naturaleza fatigada. Otra de sus mas brillantes cualidades era la modestia en sus opiniones científicas, modestia que lo estrechaba á consultar con sus compañeros aun en materias que no podia ignorar; de lo que yo seria capaz de citar algun ejemplo.

Mal satisfecho este profesor laborioso con los beneficios que hacia á la sociedad como médico, quiso tambien favorecerla de otro modo, animando con su amistad, con sus elogios y con buenos oficios, á los profesores de las bellas artes, las que formaban sus delicias, señaladamente la pintura, de la que era grande apreciador. Como hombre apasionado de la instruccion pública, perteneció á diversas asociaciones, á la Escuela Lancasteriana, al Atenéo, á la Academia de las Bellas Artes, y tuvo aun el honor de ser sócio corresponsal de las academias reales de Madrid y de Paris. ¡Premio digno de su amor á las letras!

Que un hombre arrebatado por interes, por la ambicion ó por el encanto del placer, proyecte, se fatigue

y aun desatienda sus negocios, es cosa que todos entendemos sobrado; pero que éste mismo trabaje, sude y haga erogaciones sin mas motivo que el bien de los demas, de quienes segun los cálculos de probabilidades, no debe esperar demasiado, es cosa que pocos podrán concebir. Por fortuna los afanes del Sr. Escobedo correspondieron á sus deseos; los jóvenes médicos, así como sus conciudadanos, le manifestaron durante su vida y despues de su muerte, los sentimientos mas puros y esplícitos de su afectuosa gratitud. Del Sr. Escobedo, nadie podrá decir lo que uno dijo de Rousseau: "De en medio de tu lóbrego retrete, donde desprecias el fausto de los Platones, he oido tu voz solicitar estátuas." Nadie, repito, podrá decir de él semejante calumnia; su alma generosa y noble hacia el bien por solo el placer de hacerlo, como que se hallaba penetrada del mas honesto desinteres, y aun es de presumirse que sus bondades no siempre tenian orígen en las mácsimas filosóficas de Pórtico y del Liceo, sino en otras mas sublimes y puras que solo pueden venir del cristianismo; así es que jamas sintió la amargura de un escepticismo congojoso, y vió con desprecio á la escuela enciclopédica.

Considerado como ciudadano, sentia vivamente los reveses de la república y le amargaban sus desastres. Su opinion política era la del justo medio, porque distaba tanto de los furores democráticos, como de la servidumbre pasiva: no habia nacido, en efecto, con alma de tribuno, ni tampoco de pretoriano; así es que si hubiera vivido en la antigua Roma, ni habria sido amigo de los Gracos ni tampoco de Lucio Syla. Cuan-

do el gobierno, conociendo su mérito, le dispensó agrado y favores, este mexicano virtuoso, lejos de labrar su fortuna y de salir de su modesta mediocridad, solo pensó en servirse de su valimiento á beneficio de los necesitados y de su Escuela de Medicina. Los que lo trataban de cerca, saben bien con qué empeño y cordura usaba de su ventajosa posicion á favor de los demas.

Un hombre tan benéfico y tan consagrado á los progresos de las ciencias, de las artes y al beneficio de los menesterosos, no debia morir tan temprano; pero á Dios le pareció otra cosa. Fué tronchado como la flor del campo en la frescura de su edad, y cuando todas las apariencias estaban anunciando una larga vida, en que se hubieran desenvuelto mas y mas los gérmenes de beneficencia que de continuo brotaban de su corazon. En su dilatada enfermedad agotó una tras otra las copas del dolor; pero yo creo que en sus grandes tristezas conservaria el consuelo que da la virtud y la esperanza de volar á la region de los justos.

Al llegar á México la noticia de su muerte, se puso en evidencia el aprecio universal de sus conciudadanos, porque fué tambien universal el sentimiento y tristeza de cuantos eran amigos ó conocidos suyos. Bien pudo suponerse que tal desastre causaria alguna amargura y dolor; pero jamas pudo sospecharse que fuese tan profunda la sensacion en la ciudad, ni que llegasen las demostraciones de aprecio á dedicarle pompas fúnebres como estas hasta hoy inusitadas.

Y en verdad que nada es mas justo y natural que sentir la muerte de un hombre honrado y lleno de beneficencia, fundador de la Escuela y de la Academia de medicina; de un hombre protector pacífico de la juventud á quien conservó sus tareas; de un hombre apreciador de las bellas artes, que sabia admirar al Apolo de Belvedere y la Victoria de Constantino en el de Tiber; un hombre, en fin, amigo del género humano á quien amaba, consolaba y servia con la mas bondadosa cordialidad, y de quien podria decirse como amigo de la ilustracion, que era bueno entre los buenos, y el primero entre los primeros.

En nada se parecia el Sr. Escobedo á los héroes ruidosos que se hicieron célebres por sus brillantes delitos ó por su magnífica soberbia; pero sí pudiera compararse al virtuoso Sócrates, porque uno y otro vieron pacíficamente, y ambos dieron lecciones y ejemplos de benevolencia, de moderacion y de una muerte tranquila; con la diferencia de que el filósofo griego tomó el zumo de la cicuta en una edad avanzada y vacía de esperanzas; pero el Sr. Escobedo, consumido por su enfermedad, vino á morir en edad floreciente; y cuando entre los honores públicos y el aprecio general se le presentaba un horizonte sereno pintado de los colores mas ricos y brillantes, ¡el desgraciado ignoraba que ya no volveria sino muerto á esta ciudad, ni podria dar siquiera otro abrazo á sus amigos!

¡Qué cierto es que el tiempo y la muerte acaban con todo, desde el insecto hasta el héroe, y desde la

choza al palacio! En las magníficas tumbas de los Faraones enciende el árabe su hoguera; y el soberbio foro romano, donde se decidia de la suerte de los monarcas y de los pueblos, segun los viageros, es un mercado de bueyes. De este modo enseña la Providencia la nada de las cosas humanas. ¡Leccion terrible que pone en claro el precio de la virtud, único bien que inmortaliza honrosamente á los hombres! Tal será la suerte del Sr. Escobedo, á quien se le pudiera aplicar aquel hermoso pensamiento de Pericles en la oracion fúnebre de los atenienses muertos en la guerra del Peloponeso: "La tumba de los hombres ilustres, decia, es el universo entero: ella no se hace notable por inscripciones grabadas en las columnas de un sepulcro privado; antes bien, aun en paises estrangeros y sin necesidad de epitafio, se conserva mejor su memoria en las almas, que sobre monumentos fastuosos."





EL SR. D. GUILLERMO PRIETO LEYÓ LA SIGUIENTE COMPOSICION POÉTICA.

ESCOBEDO.

Y huyó.... y es cierto? y en mi oido suenan
Los golpes de la tierra que cubria
Sus míseros despojos. Mis entrañas
Temblaban de dolor. ¡Silencio! duerme:
No interrumpais del bienhechor el sueño
Con importunas quejas de cariño:
Duerme tranquilo, duerme como un niño
En el seno de Dios. Voló su vida
Al beso de respeto que la muerte
En su frente imprimió. Duerma felice.

Yo al mirarlo en el féretro elevado,
Al brillo de la cera amarillenta
Al sollozar la música sonora,
Con cánticos de amor y de alabanza;
Al caer en las nubes del incienso
La luz incierta del opaco dia,
Como mirada débil de esperanza
Esperaba su voz.... que levantando
Aquella frente pálida y augusta,
Dijera al mundo con solemne acento:
"El alma es inmortal, tras ese velo
"Con que la muerte esconde sus arcanos,
"A la mirada audaz de los humanos
"La eternidad se eleva justiciera,

"Y solo Dios y la virtud impera...."

....

Deja inmóvil el párpado y descansa,
Que tu sueño es de paz. Mil y mil veces,
Como arcángel del bien, velaste el lecho
Del moribundo dándole consuelo:
Adunando la ciencia y la ternura,
Restituyendo á la familia amante,
Al padre de su amor y su ventura.
Y te miró con gozo el tierno infante,
Que huérfano infelice se lloraba;
Tus rodillas con júbilo abrazaba,
Y un astro de esperanza en tu semblante
La humanidad doliente divisaba.

Veces mil la pocilga del mendigo
Lo contempló en su seno,
Cual diligente amigo,
Como su solo bienhechor y abrigo;
Y allí su inteligencia desplegaba
En enérgica accion, y allí su sólio
A la ciencia magnífico erigia,
Y allí su caridad resplandecia.

Alma cándida, santa y bienhechora,
Yo tambien he aspirado tu perfume
Y gocé tu consuelo en mi quebranto.

Mirando estoy tu rostro, madre mia,
Tu inquieto respirar y tu congoja,
Abrasaba mis venas tu agonía....
Y yo niño y en hondo desamparo,
Tus plantas con mi aliento calentaba
Y en llanto de orfandad las empapaba,
Y allí te ví, Escobedo, ¿lo recuerdas?
Llevar tus manos sobre tu ancha frente,
Quedar en la amargura sumergido,
Y pedir al Eterno
Un rayo de su luz Omnipotente;

Y tú lo hubiste, y del penoso lecho
Mi madre levantó la frente erguida,
Y con trasporte me llevó á su pecho
Y mi frente besó, que envejecida,
La tornó su dolor; yo con encanto
Al traves de mis lágrimas veia
Tu bienhechora faz: tú conmovido
Me mirabas ufano sonriendo;
Mas tu llanto rodaba á tu vestido.
   Reconoced al hombre que lloramos:
Yo lo evoqué en la tumba. Miro en torno:
Sus hijos allí están. ¡Llorad conmigo!
Venid, venid á mí, vuestro quebranto
Es grande como el mar. ¿Por qué perdiste
A aquel maestro que la ciencia inmensa,
La ciencia del alivio os revelaba,
Esa ciencia á que en México dió asilo
Y á nuevo rango la elevó esforzado,
Huérfana juventud? ¿Dónde el amigo,
El tierno amigo está? ¿Sobre su frente,
Por qué cayó la sombra de la tumba?
¡Y vive el malhechor! y el hombre inicuo
Atruena con sus cánticos la orgía,
Y el humo de la sangre, en vez de incienso,
Ofrece á Dios entre himnos de victoria,
Mancillando tu seno ¡patria mia!
   Alumnos del saber, justo es el duelo;
Aves que revolábais junto al cielo
Y os sorprendió de súbito la niebla,
Y sin rumbo gemis sobre los vientos,
No reprimais de angustia los lamentos.
Mirando estoy en vuestra frente el luto;
Ese el elogio de su nombre sea,
Ese á su caridad rinda tributo.
   Él os amó con íntima ternura;
Él vuestro padre ufano se llamaba;

Él vuestras frentes coronó de lauros;
Él vuestros caros nombres balbutia,
Cuando agobiado al borde de la tumba,
Al dolor implacable sucumbia.

Omnipotente Dios, tú que rompiste
La tenebrosa nube de la muerte
Haciendo relucir sobre el sepulcro
Del hijo de tu amor un sol de vida,
¿Por qué nos reservaste esta suerte?....

Tú eres Dios de bondad y de ternura,
Tú miraste cubrir con un sudario,
Gimiendo el universo de amargura,
Al mártir del Calvario.
¡Tú comprendes, Señor, nuestro hondo duelo!
Mira de la amistad, copioso el lloro;
Escucha los lamentos del mendigo;
Míra la soledad de nuestras almas,
Y como Dios de amor, danos amparo.

Y si es la tumba pórtico sublime
De tu trono inmortal: si es donde deja
Su sandalia el cansado peregrino
Para emprender felice otro camino,
Nuestra plegaria tornaráse en ruego.

Escobedo, Escobedo, en esa gloria
Aboga con fervor por el doliente;
Seque tu aliento de piedad el llanto
Que vierte el indigente.

Ampara la orfandad en su quebranto:
Y de la patria mia
Sé arcángel tutelar: luzca en su seno
La ventura y el astro de la ciencia.

Haz que no escuche el fratricida trueno
Bajo su ardiente sol. Mira á tus hijos;
Sus cuitas calma, su sendero guía,
Estiendan el saber que les dictaste:
Como tú á los mortales, dén alivio:
Como tú al desdichado, dén consuelo:
Como tú, la virtud tengan por norte;
Como tú cuando mueran a este mundo,
Le dejen un recuerdo de luz pura
Que brille enmedio del dolor profundo.

México, Febrero 15 de 1844.—*Guillermo Prieto.*



CONTESTACION

QUE DIÓ EL ESCELENTÍSIMO SEÑOR DON JOSÉ MARÍA TORNEL Á NOMBRE DEL COLEGIO NACIONAL DE SAN ILDEFONSO, Á LAS COMISIONES QUE ASISTIERON Á LOS FUNERALES DEL SR. DON PEDRO ESCOBEDO.

La Junta de gobierno del Colegio nacional y mas antiguo de San Ildefonso, acogiendo el duelo, el dolor y el llanto de las corporaciones científicas, de las cuales fué el ciudadano Pedro Escobedo glorioso ornamento de los hombres filantrópicos, que le reconocen como insinuante modelo de la juventud entusiasta y progresiva, cuyo maestro y padre ha sido, contrae la obligacion, dulce y penosa á un tiempo, de tributarles gracias porque acaban de regar flores inmortales sobre la temprana tumba de uno de esos séres misteriosos que envia la Providencia al mundo para manifestar su bondad, y que los retira para espresar su indignacion y su enojo.

Entre todos los pueblos y en todas las religiones, el amor, la gratitud, el patriotismo, y hasta la vanidad, han consagrado por medio de funerales, la tierna despedida de los que fueron nuestros compañeros en la peregrinacion de la vida, y que nos preceden algunos fugaces años en la senda de la inmortalidad, á donde se entra por el sepulcro.

En la historia de la civilizacion y en la de los cultos, los egipcios fueron los primeros que respetaron á los difuntos, que construyeron monumentos á su memoria, para recomendar y perpetuar sus virtudes. Ellos introdujeron la costumbre de las ropas fúnebres; ellos comenzaron á luchar con las leyes imperiosas de la destruccion, embalsamando los cadáveres; ellos, en fin, estableciendo el juicio solemne de los muertos, inspiraron, ó al menos fortificaron el deseo de merecer un nombre póstumo, legado y herencia preciosa de las familias. En el violento curso de los siglos, jamas se dió una leccion mas alta de moralidad, que cuando se entregaban los cuerpos de los mismos reyes al pueblo, para que concediera ó negara el honor de la sepultura. El pueblo judaico, colonia del Egipto, no permitia, segun refiere la Santa Escritura, que los reyes malvados de Israel, escondieran sus huesos y su oprobio en los túmulos de sus mayores. Los títulos, la grandeza, el nacimiento, no eran el objeto de las alabanzas, porque estos son dones del acaso ó de la fortuna; el mérito personal, el respeto á la Divinidad, la justicia para con los iguales, los servicios al estado, la beneficencia sobre todo, eran en el Egipto los únicos títulos para reco-

mendar que el difunto fuera admitido en la compañía de los justos en la mansion de bienaventuranza.

Atenas, y despues toda la Grecia, estableció públicos funerales para los que morian en la guerra. Se esponian los huesos de los muertos bajo una tienda, y la piedad de los ciudadanos los cubria con flores, y se quemaban inciensos y perfumes: cada tribu preparaba un carro en que se colocaba un atahud de ciprés, y habia un vacío que se llama *Cenotafio*, para ilustrar el nombre de los difuntos, cuyos cadáveres se habian perdido. Los parientes, los amigos, los ciudadanos, se dirigian con paso grave y mesurado hasta el *Cerámico;* estenso y hermoso campo en que se enterraban los beneméritos de la república, menos los que fallecieron en la espléndida batalla de Maraton, á quienes se distinguió con la honra de ser sepultados en el mismo teatro de la guerra. Y cuando murió el grande Alejandro, se sorprendieron y escandalizaron los griegos de la pompa y aparato teatral de sus funerales, que tanto desdecian de las costumbres tiernas y sencillas de un pueblo libre, que no sabia estimar mas que el patriotismo y la virtud.

Los funerales eran entre los romanos, en ese pueblo de escándalos y de virtudes, una ceremonia sagrada y augusta. Era un deber de los esposos, de los padres, de los hijos, ó de los parientes mas cercanos, imprimir el último beso en los labios del moribundo, como para recibir su alma; y despues con mano trémula le cerraban los ojos y la boca. Congregada la familia al derredor del lecho, seguia la imponente costumbre de llamar una, dos y tres veces al difun-

to, como para rogarle que volviera á la vida, para consuelo de sus deudos ó de sus amigos: si el muerto era una persona caracterizada, sonaban á sus oidos trompas y vocinas, lisonjeando así las débiles esperanzas de resurreccion. Entregado el cuerpo á los libitinarios y á los polinctores, lavaban el cuerpo con agua caliente y lo embalsaman con perfumes: lo vestian despues de blanco, lo esponian por siete dias en el vestíbulo de la casa, y en la puerta se encontraban ramas de pino y del melancólico ciprés. Los parientes y los amigos eran el cortejo en las esquinas; asistia el pueblo si el difunto habia servido dignamente á la pátria, y los militares y lictores, si la habia defendido con las armas en la mano. Delante del lecho, cubierto de púrpura, se ponian los emblemas de las dignidades y empleos de que habia disfrutado; y se llevaba tambien su busto de cera, á no ser que por algun crímen público se le privara de este modesto recuerdo. Las personas ilustres eran encomiadas en la plaza pública, lo que se llamaba *laudare pro rostris,* y se les conducia á la hoguera, ó á la sepultura, adornándolas con ciprés y con flores. Las cenizas se guardaban en una urna, mas ó menos preciosa, y los cadáveres que no eran quemados, en los caminos públicos á la entrada de las poblaciones. Terminados los honores fúnebres, el sacrificador, con una rama de olivo, hacia aspersiones sobre los concurrentes; y éstos se despedian tres veces del difunto, y le prometian acompañarlo cuando pluguiera á la naturaleza, *vale, vale, vale, nos te ordine quo natura volueri sequemur.*

Los judíos, aunque dispersos en el mundo, por uno de esos arcanos incomprensibles de la revelacion mantienen intacta su nacionalidad, sus penas y sus dolores, sus hábitos y sus costumbres. Lavan ellos sus difuntos con agua de rosas, los cubren con ropas negras, y los llevan sobre sus espaldas hasta el campo fatídico que nombran *Bethachaim*, casa de los vivos, en testimonio de que está en sus convicciones el dogma profético y consolador de la inmortalidad del alma. Al llegar á la fosa, diez de los dolientes dan vueltas siete veces en derredor de ella, recitando preces, en el mismo idioma con que lamentaron sus mayores, sentados á orillas de un rio, y bajo las sombras de los sauces, la pérdida de su amada Jerusalen. El pariente mas cercano rasga sus vestidos, los demas arrojan tierra en el sepulcro, y al retirarse arrancan una poca de yerba, y cantan el versículo 16 del Salmo 62: *Ellos florecerán en las ciudades, como la yerba de la tierra.*

Jesucristo bendijo el sepulcro con el grande milagro de la resurreccion, y los creyentes, desde los primeros tiempos de la Iglesia, santificaron el último asilo del hombre. Tertuliano refiere que embalsamaban los cadáveres como los egipcios; los enterraban segun el uso de los judíos, encendian antorchas, como símbolo de la vida del alma, é introdujeron los *egapes*, ó sea festin de los pobres, porque la caridad y la misericordia fueron el legado y el ejemplo del maestro celestial. Mas los cristianos, estableciendo la conmemoracion anual de los difuntos, eternizaron su memoria, conservaron frescos los recuerdos de

sus hechos y de sus virtudes, dieron á la conciencia un centinela de moralidad, dejaron abierta esa herida tantas veces reproducida en nuestros corazones, y que cada año nos obliga á derramar nuevas lágrimas de piedad, de compasion y de ternura. Multiplicando la muerte sus víctimas, se nos coloca anticipadamente en el borde de ese abismo en que todos nos hemos de perder, en ese abismo que separa el tiempo de la eternidad, en *el del sepulcro.* ¡Felices los que creen, felices los que esperan, en el Dios que habiéndonos sacado de la nada por el imperio de su voz, nos ha prometido la inmortalidad, despues del sueño de nuestros transitorios dias!

La religion de los sepulcros, esa uniformidad con que los pueblos tanto antiguos como modernos honran, como á competencia, los restos venerables de los difuntos, prueba á despecho del ruin ateo, que la inmortalidad del hombre no es una vana y fantástica teoría. "La natural tendencia, decia un filósofo, hácia el futuro, es tan inseparable del hombre, que lo acompaña durante su vida aun en el seno de la misma felicidad, que no puede ser completa, porque un impulso secreto lo lisonjea con nuevas esperanzas de una época futura, que se toca y que se aleja. Este disgusto, este cansancio de la vida, que sorprende al hombre en medio de sus placeres, es un recuerdo de la parte mas noble de nuestra ecsistencia, que jamas ha de morir." Y si alguno negare que la inmortalidad del espíritu es el dogma mas antiguo y mas universal del mundo, que observe el acuerdo sentimental de todos los pueblos y naciones, las cultas y las bár-

baras, sin escepcion alguna, en suponer que la muerte es una temporal ausencia, y que los obsequios tributados á los deudos y amigos en el viage al sepulcro, son méritos que recompensarán cuando vuelvan á unirse en otra vida mas afortunada.

¡Oh muerte! ¿Dónde está tu victoria? La inmortalidad es la esperanza del que fallece y la del que sobrevive. ¡Cuán horribles serian los últimos momentos del hombre, si al estinguirse sus fuerzas, imaginara que iba á desaparecer en la nada! ¡Cuán grande, cuán profundo seria el sentimiento del padre y del hijo, del esposo ú de la esposa, del hermano ó de la hermana, de los parientes y de los que han esperimentado los gratos consuelos de la amistad, si pronunciaran un eterno *adios* á los caros objetos de su amor y de su cariño.

La creencia, pues, de la inmortalidad del alma, un dogma de la religion y de la filosofia, ha inspirado constantemente el deseo de multiplicar los afectos y las muestras de respeto y consideracion á las personas que mas amamos, cuando ha sonado la hora suprema para ellas. Y hay una virtud apacible y tierna, que se llama gratitud, que agita el pecho, que arranca lágrimas de los ojos, que nos conduce suavemente hasta la tumba, que va á encerrar tantas memorias, tantas virtudes, tantos beneficios que endulzaron las amarguras de nuestra trabajosa vida. Los honores sepulcrales son la esperanza y la inmortalidad del cuerpo; y esa aspiracion de las almas generosas á escitar y preparar el duelo de la muerte, es un estímulo enérgico para la beneficencia, porque no son

llorados mas que los bienhechores de los hombres; para las grandes acciones en servicio de la patria, porque un pueblo entero es el cortejo del sepulcro del ciudadano que consagró sus dias al mas elevado de los deberes sociales. Leónidas y sus trescientos campeones murieron en defensa de la libertad de la Grecia; y hubieran muerto cien veces mas, por merecer el bello epitafio de Simódines.

Ilustres ciudadanos, que os habeis congregado á honrar las cenizas de Escobedo, vosotros poseeis la filosofia de la historia, la ciencia de las secretas dulzuras de la muerte del sabio, del filósofo y del cristiano; ese amor sublime á la patria, que convierte en su provecho hasta las desgracias que tristemente deplora.

La muerte pierde su torvo ceño, cuando se concentran todas las afecciones para lamentar la desaparicion de un sér bienhechor. Si Escobedo, desde la morada con que Dios recompensa al justo, lanza ahora una mirada y llega hasta nosotros, como rayo de luz de un nuevo astro, que se presenta en los cielos, él mismo se complacerá al observar estos testimonios de amistad y de ternura; saludará á sus amigos, querrá llorar con nosotros, se asociará á esta fiesta de la patria, y se acercará para decirnos: *Obrad como yo, para que Dios os premie como á mí: vosotros tambien me habeis recompensado: imitadme.*

Y la imitacion de Escobedo ecsige una vida entera de beneficencia. El amor á los hombres nació con él, y si cultivó con tanto afan, constancia y esmero la ciencia que alarga la ecsistencia y alivia las penas y

dolencias del hombre, fué porque solamente así le era posible satisfacer á sus nobles instintos. Quiso y logró ser eminente en su facultad, porque al sabio se multiplican los recursos, y una razon superior secunda sus filantrópicas intenciones. Jamas pensó en convertir sus triunfos en la ciencia, en humillaciones de otros; su designio era ilustrar y no ofender; buscaba homenages para la verdad, y no trofeos para su orgullo. Enemigo de discordias, de odios y de rivalidades, se ejercitaba en conservar la paz y la union entre sus compañeros; y á los pequeños insultos que alguna vez recibió, oponia la alegría de su humor y la moderacion de su trato. Su bondad obligaba á amarlo, sus esclarecidos talentos á respetarlo, y la firmeza de sus sanos principios á temerlo, porque el reproche de una virtud constante es el mayor susto para el malvado.

No contento Escobedo con la estension de su propia ciencia, concibió y resolvió reunir todos sus rayos en un centro comun, creando el Establecimiento de ciencias médicas. El pensamiento de la posteridad es el de las almas elevadas, y Escobedo, que ansiaba porque sus beneficios á los hombres le sobrevivieran, no podia prescindir del filosófico intento de comunicar sus conocimientos superiores y los de sus dignos amigos, á esa juventud que me escucha y que solloza, y que está llamada por su vocacion, por las tendencias del siglo y por el bien de la patria, á ser su esperanza, su gloria y su ornamento. ¡Oh! ¡Cómo es interesante la muerte del sabio que supo reproducirse! El sentido lloro de los discípulos de Escobedo,

es el de los hijos en la ausencia lamentable de su bondadoso padre. El hombre que introduce una ciencia, ó la perfecciona, es un nuevo Tritolemo, que cultiva la inteligencia y mejora la condicion social del mundo. ¡Cuán acreedores son al reconocimiento público esos séres que aparecen como antorchas en la oscuridad de los siglos!

Y cuando el modesto ciudadano, cuyo sepulcro se ha cerrado para siempre, nos ha legado las lecciones de una prudencia austera; cuando su corazon, abierto y franco, ha amado á nuestra patria desventurada con la pureza y la vivacidad de los espartanos, justo ha sido este duelo nacional, que representan las artes y las ciencias, demandando para su nombre la fama póstuma de los héroes. Sí, de los héroes; porque los Alejandros y los Césares, los Federicos y los Napoleones, mancharon con sangre el laurel de su gloria, simpatizaron con las pestes y conmovieron la tierra; mientras que el filantrópico y el buen cristiano han marcado sus breves y risueños dias con actos de beneficencia y de caridad, y dejan en pos de sí la huella de la virtud, y la plácida remembranza de los justos.

Escobedo ha sido juzgado ya, y sentenciado por la generacion contemporánea. ¿No están proclamando nuestras lágrimas los hechos de su pura, sensible y patriótica vida? ¿Qué nos resta? Pedir humildemente el descanso de su espíritu, entre tanto suena el arcángel de los misterios la trompa que anunciará, al fenecer la série de los siglos, la destruccion del imperio de la muerte.

La memoria de Escobedo produce un estímulo importante para las bellas acciones. ¿Quién no apetecerá imitarlo, al advertir que todas las celebridades, todos los talentos de la gran capital, conspiran á rendirle los homenages de su admiracion y de su respeto? Faltaba á México el Licéo del sepulcro: hoy se ha abierto para todas las aspiraciones generosas, y no envidiarémos ya, ni á los egipcios ni á los griegos, ni á los romanos, ni á los judíos, las ceremonias fatídicas con que amenizaron y suavizaron esa senda que se pierde en los senos impenetrables de la eternidad.

El Colegio nacional de San Ildefonso comenzaba á gozarse, por la incorporacion de la facultad médica en este seminario antiguo de talentos y de sabios, cuando le arrebata la muerte á un nuevo sócio, capaz de fundar por sí solo una reputacion y una gloria. Así pasa la de este mundo, así caen las hojas de los árboles, así rompe el aquilon las flores, así disipa las arenas en una playa desierta el viento de la adversidad. ¡Permita Dios, dispensador supremo de la vida y de la muerte, que la muy dolorosa del Sr. D. Pedro Escobedo sirva de útiles desengaños y sus dulces memorias de constantes ejemplos!—*Dije.*



RECUERDOS

DE

D. PEDRO ESCOBEDO.



Mi primer cuidado en el momento que llegué á Jalapa, fué el de informarme de la casa que habitaba D. Pedro Escobedo. Se me indicó, y fuí en el acto.

El tiempo habia estado húmedo y nebuloso, y los males del enfermo se habian agravado considerablemente. Su cabeza estaba en un estado de debilidad tan grande, que los facultativos que lo asistian prohibieron aun á su misma esposa y parientes, que le hablasen; así es, que me retiré sin verlo.

Al dia siguiente volví, y como continuaba grave, tambien me fué imposible saludarle. Dejé pasar algunos dias, siempre informándome del estado de sus males.

Una mañana, Jalapa descorrió el espeso velo de nubes que habia tenido por muchos dias, el sol apareció espléndido y radiante en un cielo azul, y yo

pensé naturalmente que el cambio de temperatura influiria en la mejora de la salud de Escobedo. Fuíme, pues, á su casa, y supliqué que le entregaran una tarjeta de visita, pues me era imposible resistir al deseo que tenia de verle y de saludarle, segun me lo habian recomendado sus amigos.

Luego que vió mi nombre, dió órden que me introdujeran á su recámara.

Es necesario haber visto, ó al menos tener idea de esas primorosas casitas de Jalapa, aseadas y alegres, con su patio lleno de naranjos, guayabos y floripondios, para valuar el contraste que presentaba tanta pompa y tanta hermosura de la naturaleza, con el estado de postracion y abatimiento del pobre enfermo. Su catre estaba colocado frente á una ventana entrecerrada; pero que sin embargo, dejaba ver á los naranjos de esmalte cubiertos de frutos de oro, mecidos suavemente por la brisa aromática que de tiempo en tiempo soplaba. En ese lecho de dolor, estaba recostado entre almohadas Escobedo. Eran muy bien aquellas facciones marcadas y espresivas de su rostro; pero ¡cuán hundidas estaban sus megillas, cuán tristes sus ojos vivos y radiantes en los dias de su salud, cuán cárdenos aquellos lábios, y aquellos contornos de los ojos y carrillos!

Luego que me vió, quiso incorporarse en el lecho, é intentó tenderme sus brazos desfallecidos.

—Mucha pena causará á vd., me dijo, abrazar á un enfermo; pero me dicen que viene vd. á visitarme de parte de mis amigos de México, y es preciso que reciban vd. y ellos, esta muestra de que en me-

dio de mis dolencias no se han apartado un instante de mi memoria.

Toméle los brazos y le ayudé á ponerles en mi cuello: por mi parte tomé con los mios su noble frente, y la puse sobre mi hombro.—Su vista de vd., continuó con voz pausada, me ha causado una emocion indefinible: necesito llorar.

Reclinó su frente en mi pecho, y lloró abundantes lágrimas. En cuanto á mí, no sé lo que me sucedia; estrechaba yo en mi corazon á este hombre tan eminentemente sensible, con la emocion que pudiera hacerlo con una querida. No digo que lloré, porque todo el mundo se lo supondrá. Cualesquiera hubiera llorado en mi lugar. Si Escobedo hubiera tenido enemigos, sus enemigos habrian en este caso llorado con él.

Eran las lágrimas sublimes y sinceras de un hombre que se despide de la vida; el postrer lamento que consagraba á la amistad, el que iba á hundirse para siempre en la tumba. Esto desgarraba el corazon.

—Bien, muy bien, le dije, despues de un rato de silencio; llore vd., esto le hará mucho provecho, y aliviará su corazon oprimido con tanto sufrimiento.

—¿Y Otero, y Cumplido, y Prieto, y Rosa? ¿Están buenos? ¿Se acuerdan de mí?

—Justamente de su parte he venido á visitarle á vd. El último nombre que pronunciaron cuando me despedí de ellos, fué el suyo.

—Dígales vd. que hace seis meses que sufro infinitos tormenos fisicos y morales, con la paciencia de Job. ¡Las funciones de la piel paralizadas, mis miem-

bros débiles y sin fuerzas ni aun para moverme, mi cabeza trastornada, mi estómago ardiendo como si tuviera un volcan dentro de él! ¡Dios mio! ¡Dios mio!.... ¡Para mí, que el movimiento y la actividad eran la vida! Seis meses, seis meses he estado postrado en la cama.... y lo que es peor, sin esperanza de remedio. Un instinto me ha hecho venir á Jalapa.... Escobedo lloró de nuevo.

—Es menester valor; estas enfermedades suelen hacer crísis repentinas....

—Bendita sea la religion, continuó sin darse por entendido de mis estériles consuelos, que como dice Chauteaubriand, hace del sufrimiento una virtud. Si me muero, no olviden vdes. decir que he sufrido mucho, mucho; y que ni una queja ha salido de mis lábios; que he bendecido y bendeciré hasta el último instante de mi vida, la mano que me ha mandado soportar tantas penas.

Luego, esforzándose, quiso tomar un tono mas alegre, y prosiguió.—¿Qué dice el Museo? ¿Adelantan vdes. mucho en sus trabajos literarios?

—Ya lo sabe vd., le respondí, trabajamos cuanto es dable.

—Queria mandarles algo, pero.... imposible; ya digo á vd. que no puedo pensar, ni escribir, que tengo que acallar estos pensamientos de fuego que rompen mi cabeza.... supongo que dirá vd. algo de este Jalapa tan bello, de este vergel que amo con todo mi corazon.... ¿Ha visto vd. el cementerio? Está entre flores, entre naranjos, entre aromas. Las

gentes de este pais viven entre las flores, y duermen en un paraiso el sueño de la muerte.

No pudo continuar, pues su cabeza se debilitó, y yo me despedí prometiéndole verlo otra vez.

A los tres dias, innumerable acompañamiento con hachones, las músicas de los regimientos del canton, y todo lo mas selecto de la poblacion de Jalapa, seguia al Diviníssimo que se dirigia á la casa de Escobedo. Recibió con el fervor de un cristiano el cuerpo de Jesucristo, é hizo con calma y tranquilidad sus disposiciones testamentarias.

Yo partí de Jalapa con el sentimiento de saber que pocos dias quedaban de vida al paciente. Con efecto, á los seis dias de haber llegado á México, recibí por el correo la carta siguiente.

Enero 28 de 1844.

"Querido amigo:—El virtuoso y recomendable D. Pedro Escobedo, ha fallecido á las diez y media de la noche de hoy. Se ha despedido de la vida con la tranquilidad de un justo, y el pesar que tan fatal acontecimiento ha causado á los que le amamos en esta miserable tierra, se ha mitigado al contemplar que ha recibido ya en los cielos el premio que Dios destina á los que ejercieren todas las virtudes, y en particular la de la beneficencia."

Ya que sencillamente he referido al lector la casual é interesante entrevista que tuve con Escobedo, en los últimos dias de la vida de ese hombre amable, cuyo corazon ha cesado de latir, y cuya vasta inteligencia se ha estinguido en el sepulcro, justo se-

rá darle una idea aunque ligera de su vida, pues es posible que no todos le conozcan como los que vivimos en México, y nos honramos con su amistad.

Nació D. Pedro José Alcántara Escobedo y Aguilar, en la ciudad de Querétaro, el dia 19 de Octubre de 1798. La decidida aplicacion que manifestó por el estudio cuando se hallaba en la escuela, decidió á su familia á ponerlo de alumno esterno en el colegio de San Javier de aquella ciudad, donde se distinguió de sus condiscípulos por el arreglo de su conducta, por su aplicacion, y por su claro talento. Tantas prendas del jóven Escobedo fueron premiadas por sus catedráticos, quienes le señalaron los primeros lugares en las respectivas clases, hasta llegar el caso de que tuviese dos oposiciones de Gramática Latina en el *general* del colegio, honor que muy rara vez se concedia á los alumnos esternos.

Su aplicacion no disminuia; así es que habiendo concluido con notorio aprovechamiento el curso de artes, se graduó á los veinte años de edad, en la Universidad de México, el dia 26 de Octubre de 1818. En el mismo año comenzó á estudiar medicina en dicha Universidad, en la escuela nacional de cirujía, y en una de las mejores oficinas de farmácia de esta ciudad. Pasó despues al hospital de San Andres, á servir una de las plazas menores del departamento de cirujía, la segunda de practicante mayor, y en Octubre del año de 1822, que se ecsaminó de cirujano, fué ascendido á la de primero.

En 1824, suscribió su representacion sobre instruccion pública; fué uno de los fundadores de la acade-

mia de medicina práctica, y sirvió ademas la cátedra especial de operaciones que hubo en México, donde dió dos cursos completos, de Enero de 1826, á Julio de 828.

Infatigable en el estudio y en el trabajo, prestó importantes servicios al cuerpo médico militar, particularmente en el canton que se estableció en Jalapa el año de 1832, época que, segun decia, fué la mas feliz de su ecsistencia, pues vivia considerado y querido de todos, en aquel pequeño espacio de tierra tan florido y tan poético.

En 1833 regresó á la capital, y fué nombrado catedrático de operaciones del establecimiento de ciencias médicas, y despues su vice-director. En 1841 trabajó asiduamente en la reforma y ordenamiento de este establecimiento, y prestó servicios importantes, organizando las juntas de sanidad, procurando cuantas ventajas y mejoras le eran posibles para su academia, y favoreciendo con su influjo á la de farmácia, pues consiguió un pago de un crédito destinado para costear la impresion de la interesante obra "*Farmacopea mexicana.*"

Procedente Escobedo de una familia honradísima y virtuosa, pero pobre, le hemos visto comenzar sus estudios de alumno esterno; le hemos visto pasar abatido y oscuro la primera época de su vida, y grangeándose á fuerza de constancia y de estudio, el amor de sus maestros y el premio de las catédras. Despues, como el jóven consideraba que el único patrimonio que tenia era su talento, y los estudios el único medio de procurarse una honrosa posicion so-

cial, vimos de improviso aparecer entre nosotros el hombre ya maduro, con un rico caudal de talento, de ciencia y de virtudes.

Quizá el penoso trabajo que costó á Escobedo labrar su carrera, le inspiró una profunda veneracion por el infortunio, y grabó en su alma los sentimientos de caridad y filantropía que ha sido uno de sus mas limpios y hermosos timbres.

Comprendió en toda su latitud la filosofia de la profesion médica, y jamas la miró, segun hacen muchos, como un ramo de especulacion. El corazon de Escobedo jamas perdió su sensibilidad, ni fué indiferente á ese cúmulo de miserias y males que agobian á la pobre humanidad, y que el médico tiene que precenciar diariamente. Cuando se trataba de la vida de un hombre, emprendia una atrevida lucha con la muerte, revolvia sus libros, recordaba sus esperiencias, estudiaba en su bufete aun en las horas mas avanzadas de la noche, y al dia siguiente iba á recoger las lágrimas, los suspiros y las quejas del moribundo, con el amor de un padre. Era menester caer de rodillas ante el hombre que pasaba horas enteras en la sucia pocilga de un desdichado, á quien le volvia la salud, ministrándole grátis las medicinas, y sacando muchas veces dinero de la bolsa para socorrer á la familia desolada.

De estas páginas hermosas y sublimes se compone la vida de Escobedo.

Comprendió tambien que el abandono en que estaba la medicina en la república era perjudicial y lamentable; que era necesario organizar un estableci-

miento donde esta juventud inteligente y estudiosa de la república comprendiera que la profesion de estudiar las plantas y las sustancias que el Señor ha criado en la tierra para alivio del hombre, es una profesion sublime, es un santo y hermoso estudio el de arrancar á la naturaleza sus secretos, para hacer en la cabecera de los enfermos el oficio de los ángeles, y quitarles sus dolencias, volverles el carmin á sus megillas, la fuerza á sus miembros, y la inteligencia á su cerebro; que por último, la mision de un médico no es la de un vil y descuidado especulador, sino la de un bienhechor que tiene estrecha obligacion de repartir los tesoros de la ciencia.

Así comprendia Escobedo la medicina, así la practicó, así queria, como un nuevo filósofo, enseñar á esos discípulos de la Escuela de medicina, que amaba como á sus hijos, y para quienes tenia ablerta su casa, sus instrumentos, sus libros, su bolsa, y su corazon noble y generoso.

Dia por dia fué creciendo la reputacion, y fama de Escobedo; dia por dia ensanchó el círculo de sus amigos, y dia por dia se alzaban nuevas manos al cielo para pagarle con santas bendiciones y dulces lágrimas, los actos de su beneficencia.

Circunstancias que están al alcance de todos le grangearon la amistad de S. E. el general Santa-Anna. Fué esta una bella oportunidad para Escobedo, no para medrar, ni para hacer su fortuna, sino para emplear su influjo en favor del colegio de medicina, de un colegio que era todo su anhelo, su único y constante pensamiento. Un hecho que hace honor

á Escobedo es, el de que los 100 pesos que percibia como catedrático, los empleaba en libros é instrumentos, para distribuirlos entre sus discípulos.

Tantas y tan recomendables cualidades, patentes á la vista de todo el mundo, hicieron que las sociedades de Instruccion pública y Literatura quisieran tener el honor de contarlo entre sus socios. Así es que fué nombrado socio corresponsal de las academias médicas de Madrid, de Paris y de Guadalajara, miembro de la sociedad lancasteriana de esta capital, de la academia de Bellas Artes, de la de literatura de San Juan de Letran, del Ateneo mexicano, de la junta directiva de estudios, del consejo de salubridad, y de otras corporaciones, porque se ha dicho, que el talento de Escobedo era colosal, su deseo por la instruccion pública, ardiente, y su constancia en el trabajo, inaudita. Cuando sus atenciones y las innumerables juntas y sociedades á que tenia que asistir, le dejaban tiempo libre, entonces se dedicaba á los tranquilos estudios literarios, y religioso y sensible se estasiaba con la lectura de La-Martine y Chateaubriand, sus autores favoritos, que amaba con delirio. El Mosaico, el Museo y el Siglo XIX, se honraban con publicar correctas traducciones y curiosos artículos originales de Escobedo.

En nuestro pais, la política, que siempre arrebata á los hombres la quietud de su estudio, no perdonó á Escobedo, y fué electo diputado notable, y últimamente senador al congreso actual.

Tanta fatiga y estudio debilitaron poco á poco los órganos de su estómago, hasta que apareció la enfer-

medad con síntomas graves. Fuése á mudar temperamento á Tacubaya, y agravándose dia por dia, un instinto natural lo llevó á Jalapa, donde despues de largos sufrimientos murió el dia 28 de Enero, de la manera que queda referido, á los 45 años tres meses de su edad, cuando todavía la humanidad, la ciencia y la literatura, tenian mucho que esperar de él. Estas pérdidas no se reparan fácilmente, y el corazon se contrista cuando pensamos que pasa mucho tiempo para que sea reemplazado un hombre de las eminentes prendas de Escobedo.

Una tarde nublada, y á los 18 dias despues del fallecimiento de Escobedo, multitud de coches y de personages vestidos de luto, y de lo mas selecto y escogido de la sociedad mexicana, estaban agrupados en la tétrica iglesia de San Lázaro. A poco, un carro fúnebre con cuatro lindos caballos, con grandes penachos y ricos arneses de luto, comenzó á andar: dentro estaba un ataud y dentro del ataud el cuerpo de D. Pedro Escobedo. Detrás marchaban tristes y silenciosos, médicos, abogados, ministros, militares, poetas y literatos. Todos eran amigos de D. Pedro Escobedo.

El cadáver quedó depositado en la capilla del colegio de San Ildefonso, y á los dos dias, en medio de una gran procesion funeral que ocupaba tres cuadras, fué conducido el ataud del maestro, en hombros de sus discípulos, á la santa iglesia de la Merced, donde debia finalmente reposar el sábio y virtuoso va-

ron, al lado de su pequeñita hija, ángel que voló al cielo, y que prestó á su padre sus alas de armiño, para que tambien subiera á descansar en el seno de Dios.

La comitiva fúnebre regresó al *general* de San Ildefonso, donde todos los colegios y corporaciones científicas, pronunciaron elogios fúnebres á la memoria de Escobedo. Estos funerales han sido acaso unos de los mas solemnes que ha visto México.

De esta manera han sido honradas las virtudes de Escobedo; de esta suerte la sociedad mexicana, imparcial y justa, ha llenado de flores la tumba de un hombre pacífico, cuya vida se deslizó sin pompa, cuya muerte fué la de un justo, y cuyos funerales han sido los de un rey.

Los editores del Museo, al trazar estos ligeros recuerdos de Escobedo, tambien arrojamos sobre su sepulcro una flor, tal vez mústia y marchita; pero empapada con las sinceras lágrimas de la amistad.

Manuel Payno.



A ESCOBEDO, UN RECUERDO.

Grande era tu alma: en tu frente
Que erguida se alzaba al cielo,
Puso el Eterno el consuelo
De la triste humanidad.
Supo levantar constante
Tu sagaz inteligencia,
Un monumento á la ciencia,
Y á la ternura un altar.
Duerme en paz.... padre del pobre,
Y del desdichado abrigo:
Tú que fuiste noble amigo
De la ingénua juventud:
Ahora recibe su llanto
Que cae con sus clamores,
Entre el incienso y las flores
Que engalanan tu ataúd.
Queda en paz.... Plegó sus alas
Y ya duerme la paloma:
Cayó la flor; mas su aroma
Puro, por los aires va.
Pasó cual pasa la nube
Que torna fresco el ambiente,
Y va á dormir muellemente
Sobre la orilla del mar.
Duerme en paz.... Sobre la tiarra
Guardan tu memoria pura,

Las ciencias y la ternura,
Y la noble caridad.
Mas que el fausto á tu sepulcro
Presta grandeza y encanto
Del desventurado el llanto,
Y el llanto de la amistad.

No tiene tu humilde tumba
Timbres de equívoca gloria,
Ni laureles de victoria,
Ni despojos de poder.

Pero en ella llora el hombre,
Y grabó con elocuencia
La augusta beneficencia:
"¡Grandes del mundo, aprended!"

Guillermo Prieto.

AL SR. D. PEDRO ESCOBEDO EN SEÑAL DE AMISTAD Y GRATITUD, SE DEDICA EL SIGUIENTE:

¡Y el hombre sabio, el virtuoso ha muerto?
¡A la tierna amistad abandonara?
¡A la amistad, que en su dolor regara
Con lágrimas de amor su cuerpo yerto?
De la inmortalidad el templo abierto
Del comun de los hombres le separa,
Y ofrece al fin á su grandeza rara
De dicha un trono y de fulgor cubierto.
En él habitas, Pedro; de la vida
Marchaste recto en la escabrosa senda,
Y dió tu ciencia al infeliz consuelo.
Tu ecsistencia lloramos hoy perdida;
Pero su llanto enjugará el que entienda
Que premio á la virtud concede el cielo.

José María Yturralde.

HONORES FÚNEBRES.

Se han tributado en la semana anterior los que mereció un buen ciudadano por sus eminentes virtudes sociales. Sus parientes, sus amigos, sus discípulos, sus compañeros, desahogaron sus sentimientos, y acaso el pueblo no ha visto esas ecséquias solemnes sino bajo ese aspecto; nosotros las consideramos bajo el moral y el político. El hombre de bien y benéfico, es el sér mas interesante á la sociedad. Las virtudes privadas son la base de las públicas. Si no hay quien cultive y enseñe las primeras, en vano se querrán obtener las segundas. Aquellas virtudes son acreedoras al aprecio de los ciudadanos; porque no habrá ciudadanos si no ecsisten esas virtudes.

Cuando estas son apreciadas como merecen, naturalmente son respetadas las personas que las ejercen. Viendo el apoteosis á que elevan despues de la muerte á los individuos que se han adornado con ellas en vida, no puede menos que formarse cualquiera hombre racional una alta idea de ellas. De esa idea resulta el deseo de practicarlas, y ved aquí, como los honores póstumos, tributados á las virtudes

privadas, son á la vez un medio de hacerlas amables, y un estímulo para imitirlas.

Se percibe de cuando en cuando el estrépito del cañon, y tambien el pausado y lúgubre de las campanas; se ve el aparato fúnebre de un entierro: se pregunta: ¿quién murió? Un general, un rico. Al momento viene á la mente la idea, respecto del primero, de que es una pompa de ordenanza, unos honores hechos al empleo y no á la persona; pues que á todas las que ejercen unos mismos empleos se hacen unos propios honores. Todo ese aparato de luto no deja otra impresion en el alma, que la que hace el formarse una guardia ó presentar las armas cuando pasa un gefe. ¿Por qué presentó las armas ese centinela? Porque pasó un general. ¿Por qué se formó la guardia? Porque viene el gefe de dia. ¿Por qué se bate marcha? Porque sale el presidente de la república, el de la cámara ó el del senado. Tal vez el que responde no conoce ni al general, ni al gefe, ni á los presidentes; ni el que pregunta se ocupa en indagar si son buenos ó malos, sabios ó ignorantes, benéficos ó perjudiciales. Con la respuesta simple que se le dió queda completamente satisfecho.

Respecto del segundo, se escita la idea de que él en su testamento, ó sus herederos, han querido gastar algun dinero en solemnizar sus cceséquias. Pero cuando se ve una pompa fúnebre, un acompañamiento en que se conoce la sensacion del dolor, y no las ceremonias de la etiqueta, se pregunta: ¿Quién ha muerto? Fulano. Y ¿quién era ese fulano? ¿Era un presidente de la república? No. ¿Era un gene-

ral? No. ¿Era un rico? Tampoco. Pues, ¿quién era? Un hombre de bien. Esa pompa, ese lujo no está determinado por la ordenanza, por una ley, por un reglamento: es la espresion de la amistad y del reconocimiento. Sus amigos, sus agraciados son los que la han promovido y costeado.

Naturalmente se procura indagar qué es lo que hizo ese hombre de bien, que tanto aprecio ha merecido á sus conciudadanos. Fué un escelente padre de familia, un amigo fiel, un protector de los pobres, un juez íntegro, un abogado que jamas protegió la injusticia, un médico que con igual esmero curaba al pobre por caridad, que al rico que le recompensaba su trabajo; un hombre instruido que procuraba difundir sus conocimientos en beneficio público; un maestro de la juventud á quien educaba científica y moralmente de cuantas maneras podia. Cada una de estas respuestas escita en el alma menos sensible afectos de amor, de ternura, porque la virtud arranca el homenage aun de sus propios enemigos.

Y si esto sucede aun respecto de esas almas, ¿qué no deberá esperarse de las que tengan alguna predisposicion para la virtud? ¡Ojalá y ésta fuera acatada públicamente en las personas de los muertos, ya que por lo regular es desatendida en las de los vivos! Esto equivaldria al juicio que los egipcios hacian de los difuntos, y que tanto contribuyó á formar buenos ciudadanos. Allí solo se trataba de merecer el honor de la sepultura. ¡Qué no obraria entre nosotros el deseo de merecer los honores fúnebres! Mientras mas espontáneos fueran estos, mas apreciables

serian, y las virtudes privadas serian consideradas entre los hombres como un título de celebridad. Hasta el mismo orgullo, esa funesta pasion, que tantos y tan grandes males causa á la sociedad, quedaria ennoblecida. El hombre ambicionaria la estimacion de la posteridad, y para conseguirla, caminaria por la única senda por donde se alcanza la sólida y verdadera, que es la práctica de las virtudes.

Seria por tanto, muy conducente para formar la juventud y hacer apreciable la moral, el que cuando muriera alguna persona virtuosa, aunque solo hubiera resplandecido en teatros particulares y no los elevados, que deslumbran con el oropel de las apariencias, sin hacer la mas ligera sensacion en el alma, se le tributaran por sus amigos los honores fúnebres del mejor modo posible; pero tambien que se calificase de una degradacion concurrir voluntariamente á los funerales de las personas que no lo merecieran. Se distinguirian entonces perfectamente los ceremoniales de etiqueta, de los oficios de la amistad y de la gratitud; el magnate que no era mas que magnate, del hombre de bien; y el virtuoso, del que no no lo era. He aquí las reflecsiones que nos han inspirado la ecséquias con que se ha honrado en estos dias la memoria de un buen ciudadano.

[*Siglo del Domingo* 18 *de Febrero de* 1844.]

———

DON PEDRO ESCOBEDO.

Con pompa no usada y ccmpletamente espontánea, en medio de una concurrencia inmensa y escogida, y de los gemidos de un dolor universal, ha sido sepultado el dia 15 del corriente en la Iglesia de Ntra. Sra. de la Merced, el cadáver de un ciudadano virtuoso y filantrópico, cirujano hábil y protcctor decidido de la juventud estudiosa, el Sr. D. Pedro Escobedo. Este espectáculo tan triste y doloroso por sí, ha servido, sin embargo, para mostrar que el espíritu público, aunque muerto al parecer, está solo adormecido; que nuestra sociedad no ha caido en el abismo de degradacion moral en que á primera vista parece sumergida, y que todavia sabe hacer justicia al verdadero mérito de sus hijos, honrar su ciencia y amar su virtud. No hay, pues, que desesperar de una nacion en que aun queda admiracion por el saber y la moralidad. Amantes de las glorias de nuestra patria, sinceros admiradores de los ciudadanos que la honran, los redactores del Liceo participamos del duelo universal que ha causado la sentida y temprana muer-

te del Sr. Escobedo, y vemos en ella una calamidad nacional. Para dar un alivio á nuestro dolor, y contribuir por nuestra parte á los homenages públicos de amor y respeto que ha recibido su memoria, quisimos al principio presentar en unos rasgos biográficos el bello cuadro de esa vida, empleada toda en hacer el bien, en aliviar al enfermo, en socorrer al necesitado, en estimular con sus ejemplos y consejos á la juventud médica, en protegerla y encender en ella la misma llama de ciencia y virtud que ardia sin cesar en su alma universalmente benévola. Pero supimos despues que el Sr. Otero se propone escribir la biografia del Sr. Escobedo, y no hemos querido manchar con nuestros borrones el bello cuadro que tan bien sabrá pintar el maestro pincel de nuestro primer orador parlamentario. Nos limitamos, pues, á insertar á continuacion el sentido y vigoroso discurso que en una academia privada de medicina, formada en su mayor parte de discípulos del Sr. Escobedo, pronunció uno de ellos, D. Joaquin Navarro é Ibarra, honor de nuestra juventud, y una de sus mas bellas esperanzas, y la contestacion del presidente de dicha reunion, D. Francisco Ortega, hijo. Creemos que nuestros suscritores leerán con placer y ternura estas dos piezas con que han favorecido nuestras columnas sus autores, y que les será grato, como á nosotros, ver que la juventud no olvida los favores que recibe, y sabe recompensar la proteccion que se le dispensa, con un agradecimiento ardiente y sin límites.

México, Febrero 19 de 1844.—*Redactores del Liceo.*

ORACION FUNEBRE

PRONUNCIADA POR DON JOAQUIN NAVARRO É IBARRA EL DIA 17 DE FEBRERO DE 1844, EN LA SOCIEDAD FILOIATRICA.

En el horizonte de las ciencias, como en el del cielo, nacen y mueren sin cesar astros brillantes y benéficos; y es dulce y consolador en los momentos de dicha, fijar el pensamiento en esta idea; pero hay otros de abatimiento y amargura, en que la pérdida de un grande hombre nos arrastra á creer, que al bajar al sepulcro, ha cerrado tras de sí la puerta que conducia á los adelantamientos y á la gloria. Este triste pensamiento os domina en este instante: lo adivino, porque lo siento á la par vuestra, y porque sé que hay dolores, que como el espacio, parecen mas profundos, mientras mas fijamente se les contempla. No temais que con lo que voy á deciros, distraiga vuestra atencion del deplorable objeto que la ocupa; no olvidaré que al preparar esta solemnidad fúnebre, quisisteis á un tiempo hacer caer sobre una tumba

recientemente abierta, un rayo de la inmortalidad que la inundará para siempre, y proporcionar una hora de tregua y de solaz á nuestro corazon despedazado. Me sentiria sin valor y sin fuerzas para corresponder á vuestra honrosa confianza, si este débil esfuerzo de mi voz balbuciente no fuese tambien un tributo de mi gratitud y una efusion de mi corazon; si no supiese que para conmoveros, para arrancar de vuestros párpados la lágrima que ya asoma á ellos, solo necesito pronunciar un nombre puro y querido, emblema ayer de nuestras mas venturosas esperanzas, símbolo hoy de la amargura y el dolor: el de D. Pedro Escobedo.

No os hablaré de cómo en esta vez se vieron de nuevo sentarse el infortunio al lado de la cuna, y la gloria sobre la tumba de un hombre; del desvalimiento de su infancia, de su precoz orfandad, ni de las penas y obstáculos de sus primeros estudios, para que veais que no estaba reservado á Pinel y á Velpeau, á Béclard y á Dupuytren, abrirse en medio de la indigencia el camino que habia de conducirles al respeto y admiracion de sus semejantes: nada os diré tampoco de los últimos años de su vida, porque sabeis, lo mismo que yo, que en ellos esa vida fué como el arroyo manso y tranquilo, que corriendo sin estrépito, fertiliza y embellece todos los sitios que riega con sus aguas purísimas; y finalmente, por piedad á vuestro corazon, por piedad al mio propio, correré un velo de luto sobre esos últimos instantes, en que una enfermedad destructora devoraba sus entrañas, mientras el pesar devoraba su alma, y en-

trambos, conjurados cruelmente en contra nuestra, le arrastraban con rapidez á un lugar que no debiera abrirse nunca para ciertos hombres. Grato seria para mí, honroso á su memoria y útil para vosotros, trazaros línea á línea el grandioso y bello modelo de virtud que ofrecia D. Pedro Escobedo; pero la naturaleza de este discurso y el carácter de la sociedad á cuyo nombre lo pronuncio, me obligan igualmente á omitir los rasgos biográficos y el elogio de todas las virtudes del maestro querido, á cuya memoria tributamos este sencillo homenage: su alma, por otra parte, semejante al encantado prisma que de cualquier lado que se vuelva al sol, reproduce los hermosos colores del iris, es bella bajo cualquier aspecto que se la considere.

Era por los años de 18 y 19 cuando en un oscuro rincon del hospital de San Andres, un estudiante sin proteccion ni recursos se preparaba á sus solas á ser uno de los mas ilustres cirujanos de nuestra patria. Los principios fisiológicos de Bichat y el sistema, hijo suyo, de Valde-Grace, dominaban entonces esclusivamente el mundo médico; hoy veinticinco años de esperiencia han hecho justicia á Broussais y á sus obras; se ven, si no con risa (porque jamas la despiertan los estravíos de los grandes hombres), al menos en su verdadero valor sus ecsageraciones sobre la localizacion y el tratamiento de las enfermedades; pero entonces era otra cosa: habia restaurado la escuela anatomo-patológica, habia echado por tierra la teoría de las fiebres esenciales, habia formado la historia mas completa de las flegmasias, y todos estos

eran otros tantos títulos justos á la consideracion y al respeto de sus contemporáneos: admiracion y respeto que él, con su lógica seductora y su estilo mágico, llevó hasta la mas deplorable fascinacion, haciendo admitir á toda una generacion, como dogmas sagrados, hasta sus mas profundos errores. Basta considerar todo esto, los efectos que lo nuevo produce en un ánimo inesperto, y lo profundo y duradero de nuestras primeras impresiones, para esplicar cómo y por qué D. Pedro Escobedo conservó hasta lo último, apego á la doctrina fisiológica. Pero seria una injusticia llamarle médico sistemático en el sentido odioso de la palabra: no; profesar ciertas doctrinas, ó mejor dicho, tener ciertas tendencias, no es negar lo que puede haber de cierto en las contrarias, y vosotros sabeis bien que los interesantes trabajos de Andral y Chomel, Cruveilhier, Louis, Rostan y Piorry, no le eran desconocidos. No era él de esos médicos que son un arcaismo de su época, para quienes son perdidas las lecciones de la esperiencia, inútiles las investigaciones de los sábios, ignorados los adelantamientos de la ciencia: lo que él no hizo jamas, fué renunciar del todo á sus principios primitivos para arrojarse de un golpe en los contrarios; convertir el desengaño en injusticia; olvidar todo lo que habia aprendido, para quedarse sin saber qué creer; desertar de una escuela, para alistarse en la contraria, y desde ella calumniar y pagar con la ingratitud al maestro ilustre que presidia la primera. Eso es lo que no hizo, lo que no podia hacer tampoco, porque tenia un talento demasiado profundo, un discerni-

miento felicísimo, y una instruccion muy sólida, para aceptar indistinta y ciegamente todas las innovaciones: esta versatilidad, que suele ser el defecto de los médicos inespertos ó de los amigos de las especulaciones, habria sido raro que fuese el de un hombre tan eminentemente práctico y positivo como D. Pedro Escobedo.

Mas principalmente quiero hablaros de él como cirujano. Cierto, como lo estoy, de no decir mas que la verdad, sin ecsageraciones ni suposiciones propias, lo estoy aun mas, de que no podreis menos de llamar estraordinario y singular al que reunia á la vez tantas prendas raras y eminentes. Sus sentidos esquisitos, su percepcion clara, su juicio recto, su talento de induccion, su *tacto* quirúrgico, en fin, le hacian fijar con una esactitud y facilidad asombrosas el diagnóstico mas oscuro y embrollado: vosotros sabeis, y no tengo necesidad de recordároslos, los triunfos espléndidos que repetidas veces adquirió en este género: donde médicos instruidos, despues de un ecsámen prolijo y de acaloradas discusiones, nada podian aventurar mas que hipótesis imaginarias, él, con una mirada penetrante como la del águila que ve desde el cielo su presa, fijaba irrevocablemente el diagnóstico, y lo confirmaba á menudo con una operacion audaz é inteligente. Este talento de la indicacion, tan raro y tan estimable, era tal vez lo que distinguia al Sr. Escobedo mas especialmente, y lo que le colocó en ese apogeo de reputacion y de gloria á que le hemos visto elevado. A una práctica larga é ilustrada, al estudio reflecsivo de los autores clásicos de cirujía,

en especial de Hunter, Dupuytren, Bégin y Sanson, y sobre todo, á su *génio* (porque no se puede poner en duda que nada puede suplir esa aptitud natural é innata que se llama el *génio*), debia ese conocimiento esacto y preciso de los medios curativos mas apropiados, del momento oportuno de emplearlos, de sus ventajas y de sus inconvenientes, de sus consecuencias &c.

Señores: es necesario decirlo, y yo lo hago con orgullo, D. Pedro Escobedo no tenia nada que envidiar al mejor operador del mundo: su pulso era firme y su mano rápida; pero sobre todo, nadie de vosotros habrá dejado de admirar aquella sangre fria imperturbable, aquella impasibilidad indescriptible que le hacia permanecer en medio de los horrores del dolor y la sangre, sin que se agitara su pulso, sin que una sola arruga en su fisonomia revelara la conmocion de su alma, verdaderamente grande.

¡Cuán distante, sin embargo, estaba esa alma de ser insensible á los sufrimientos de sus semejantes! ¿Olvidareis aquellos momentos solemnes en que su voz tranquila mezclaba á los ayes de la desesperacion, los dulces acentos del consuelo y la benevolencia; en que aun armado del instrumento de los dolores, ofrecia, mas bien que la imágen del ángel esterminador, la de un ángel de paz y de ventura?..... El valor quirúrgico de D. Pedro Escobedo, tan distinto de la audacia ciega que todo lo intenta, era esa fuerza de alma que inspira una operacion arriesgada; pero despues de haberla calificado posible, indispensable y útil, despues de calcular todas sus dificultades

para vencerlas, todos sus peligros para arrostrarlos. La naturaleza, que ha puesto en todas las cosas el abuso ilegítimo de ellas, junto á sus mas útiles empleos, no hizo, sin embargo, que D. Pedro Escobedo abusase de sus grandes calidades como cirujano: el cuchillo fué siempre en sus manos un recurso de salvacion ó de esperanza; pero jamas el instrumento de tentativas que reprueban con igual severidad el arte y la moral.

El hombre fué siempre para él lo que debiera ser para todos los médicos, un objeto sagrado, cuya salud es un depósito inviolable, al que no es lícito tocar sin hollar los deberes del honor y la conciencia: no ha hecho nunca de la salud una mercancía, ni de la medicina un tráfico miserable. Comprendia en toda su magnitud el noble ministerio y el sublime destino que está llamado á ejercer un médico en la tierra; y lleno de estas ideas rectas y grandes, despreció constantemente la vil seduccion del interes, los rastreros artificios de la calumnia y de la envidia, las desacordadas quejas de la ignorancia, y el frio olvido de la ingratitud. Sus enfermos eran sus amigos: no contento con prodigarles los socorros de su arte con inteligencia y esmero, derramaba á torrentes sobre ellos los consuelos de una religion que amaba y de una filosofia pura y persuasiva: penetraba en los senos del corazon, para estudiar en ellos las pasiones y combatirlas por esos medios, precarios tal vez; pero dulces y gratos, que solo la mano de la amistad sabe aplicar al corazon lacerado; y efectivamente, víctima del infortunio, sabia comprenderlo y

aliviarlo. La práctica de la medicina ofrece el teatro mas vasto para desarrollar esas virtudes eminentemente espansivas que forman el atributo esclusivo, y el mas bello ornamento de la raza humana.

Así es como la caridad era ámplia y magnánimamente ejercitada por D. Pedro Escobedo, sin que se entienda que se reducia á curar gratuitamente á los pobres y á proporcionarles los recursos indispensables, no: cierto es que ocupaban un lugar preferente en su alma estos séres que la sociedad desprecia y aun se avergüenza de tener en su seno, porque sabia que en el corazon de estos infelices encontraria una recompensa mil veces mas sincera y significativa, que el insultante y vil oro del magnate: pero su caridad no consistia únicamente en el desinteres: consistia en el cariñoso desvelo, en el afan paternal, en la tierna compasion con que miraba y remediaba sus necesidades: viviendo incesantemente en medio del dolor y la desgracia, los endulzaba con palabras insinuantes y balsámicas, con acciones tiernas y espresivas, que contrastaban singularmente con ese aire austero y esos modales genialmente francos, que tanto desfiguraban su carácter á los ojos de los que no le conocian de cerca: yo recordaré siempre con placer, y vosotros tambien, algunas escenas hermosas en que D. Pedro Escobedo, parecia mas bien que todo, el ángel de la paz y de la beneficencia. ¿Por qué los que insultan y desprecian nuestra noble profesion, no asisten á estas bellas escenas en que el médico es el ministro y la imágen de la Providencia Divina? . . . . ¡Entonces verian, que aquí en

el corazon, podemos sentir placeres inefables que recompensan suficientemente esta larga cadena de sacrificios y penas que constituyen la práctica de nuestro arte! . . . . Ya veis, señores, que D. Pedro Escobedo no era menos grande como médico inteligente, que como filósofo y filantrópico. La noble y dificil profesion del magisterio público, le ocupó desde los primeros años de su práctica. Por el de 24, un cirujano célebre y amigo de la juventud, D. José Ruiz, para dar el primer impulso á la medicina operatoria, fundó de su propio peculio una cátedra en que se enseñase esta ciencia: el voto público, tan justo y fundado siempre, de los estudiantes de aquella época, y la eleccion especial de un hombre tan respetable como el útil fundador de aquella cátedra, dispensaron de consuno al Sr. Escobedo el honor y la justicia de servirla. No es fácil que nosotros, educados en tiempos mucho mas afortunados para la medicina, nos formemos una idea cabal de lo dificil y penosa que le fué aquella enseñanza. Poseyendo apenas el idioma francés, en que estaban escritas las principales obras de cirujía en aquella época, sin haber practicado nunca, ni visto practicar la mayor parte de las operaciones de importancia, sin mas guia que su estudio incansable y las felices inspiraciones de su genio, se lanzó en aquella carrera sembrada de laureles y de espinas. ¡Miradle allí á los veinte y cinco años de edad, maestro de nuestros maestros! ¡Honrad á la vez su memoria y la del cirujano que fundó tan útil plantel! No era D. Pedro Escobedo de los hombres que estiman en poco la gloria: no, que este pensa-

miento es el norte de todas las almas grandes: así es que con esfuerzos constantes, consiguió conservar ilesa la reputacion que habia afanosamente conquistado, hasta el año de 33, que un médico justamente ilustre por mil títulos, echó los cimientos de la escuela en que nos hemos educado. D. Valentin Gomez Farías es una de esas almas rectas que no ceden á otro sentimiento mas que al de la justicia: así que cualesquiera que fuesen las opiniones políticas de D. Pedro Escobedo, se la hizo á su mérito, y le colocó al fundar el cuarto establecimiento en la cátedra de medicina operatoria. Yo me complazco en recordar aquí un rasgo que honra igualmente á los médicos que tal vez han sido en México los mas celosos y desinteresados amigos de la instruccion y protectores de la juventud.

El año de 38, al restaurarse el colegio de medicina, bajo el ministerio del Sr. D. J. J. Pesado, D. Pedro Escobedo fué nombrado catedrático de Patología esterna. Allí es donde casi todos nosotros hemos escuchado por primera vez en público las lecciones de este hombre célebre: allí donde nos cautivaba, no menos su trato afable y cariñoso, y su tono de amistad y libertad, que el encanto mágico de sus palabras revestian los mas áridos preceptos de la ciencia: allí donde nos admiraba igualmente su profunda instruccion en los principios fundamentales de ella, y el tesoro inmenso de su práctica, cuyas arcas abria ante nosotros, no para hacer ostentacion de su riqueza, sino para que nos lo apropiásemos: allí, donde hemos recibido esas primeras y profundas impre-

siones, cuyo indeleble recuerdo nos acompañará hasta la tumba. Sí, amigos mios, el nombre de nuestros maestros, sus preceptos, su ejemplo, su grata memoria no podrá abandonarnos mientras tengamos que ejercer la honrosa y noble profesion de médicos. El año siguiente al de la restauracion del colegio de Medicina, dejó la cátedra que habia servido en el anterior, y pasó á otra que ha dejado viuda, Dios sabe por cuanto tiempo: á la de Medicina operatoria. Este era en efecto, el teatro donde sin rival podia desplegar la inmensa fuerza de su genio. La rapidez y la elegancia, la seguridad y la destreza, brillaban en todos sus movimientos: la elocuente voz de la verdad, con el tono imponente de la esperiencia, hablaba por su boca: la sinceridad y la buena fé pintadas en su noble frente, inspiraban á la vez un sentimiento de admiracion y de respeto, de tal modo profundo, que ni la íntima franqueza, ni la benévola jovialidad con que nos trataba, fueron partes á destruir ni á desvanecer. Señores, ¿hay algunos de nosotros que no se honre de llamarse su discípulo? .... Yo por mi parte, tengo placer en confesarlo: cuando á mi solas me asalta el pensamiento de mi insuficiencia, y me siento desconsolado y abatido al considerar los huecos inmensos de mi educacion literaria, me anima, y aun me envanece pensar, que no puede ser enteramente ignorante el que recibió por tanto tiempo la luz brillante de ese fanal que se ha estinguido hace pocos dias en el sepulcro; me parece que puedo presentar al mundo una recomendacion irrecusable, con solo decirle: "D. Pedro Esco-

bedo fué mi maestro." Pluguiese al cielo que así fuese realmente; pero al menos es una ilusion escusable, porque es hija del cariño!

¿Ni cómo podia dejar de inspirarlo el hombre infatigable en promover nuestro adelantamiento, nuestro bienestar y nuestra gloria; que se complacia en llamarnos sus hijos, y en dispensarnos los beneficios de padre; que sacrificaba modesta y silenciosamente las pretensiones de su vanidad, las ecsigencias de su orgullo, sus intereses personales, su salud, y hasta su vida, por el colegio de Medicina?..... Olvidar todo esto, seria una vil ingratitud, con que no pagarémos nunca á D. Pedro Escobedo, ni á sus nobles cooperadores.

Sus afanes por sistemar la educacion médica, han ocupado la mitad de su vida. Él y el Sr. Olvera fueron quienes el año de 1833 promovieron mas activamente la fundacion del establecimiento de Medicina: él, quien despues que el desastroso vértigo de los partidos derribó este bello plantel, no perdonó medio de promover su restauracion. Se necesitaba un carácter de temple fuerte y un corazon altamente filantrópico, para soportar con paciencia y aun con esperanza, los desengaños y las injusticias, la indolencia y las supercherías con que correspondian ó eludian sus nobles esfuerzos tantas y tantas admistraciones como para daño y oprobio de la república han pesado sobre ella. Será un rasgo que haga eterno honor á sus virtudes, saber, que cuando un concurso fortuito de circunstancias le colocó cerca del poder omnímodo, él, semejante á un reverbero purí-

simo, solo recibia la influencia de ese poder para reflejar la íntegra sobre el tierno objeto de su predileccion.

Fácil le hubiera sido en estos tiempos de prodigalidad y bancarrota, adquirir las distinciones del favoritismo y la opulencia del peculado; pero no, murió como habia vivido, puro y sin tacha: sin mas oro que el adquirido con el sudor de su frente; sin mas distinciones que las que otorga la ciencia y la virtud. Fundador de muchos de los cuerpos científicos, literarios y artísticos de la república, y sócio de casi todos ellos, y de varios de los de Europa, miembro de casi todas las sociedades de beneficencia pública, relacionado con todas las personas eminentes en cualquiera ramo, respetado de sus enemigos, querido de sus amigos, amigo de los hombres de bien, adorado de la juventud, llorado por la república entera, ha terminado su vida oscura, pero fecundante, el Sr. D. Pedro Escobedo.

Tu muerte, maestro adorado, ha sido tu apoteosis: la envidia ya no alzará la losa de la tumba para derramar sobre tu corazon su letal ponzoña: héla allí muda, inmóvil confundida al escuchar el voto público que unánimemente te pregona sábio y bueno: ese clamor universal resuena tambien en este recinto oscuro, donde una docena de esos tus hijos, que tanto amaste en vida, se reunen para llorarte en muerte: los suspiros que salen de sus corazones, donde no has sembrado mas que flores de bendicion, serán mas propicios al tuyo, que la pompa de los grandes; ellos pagaban un tributo á la justicia, nosotros obedecemos á las inspiraciones de nuestro cariño: el olvido

sepultará mañana la memoria de tus honores fúnebres en ese mundo que se rie de todo: la gratitud perpetuará tu nombre en estas almas donde tu mano benefactora imprimió recuerdos indelebles: nosotros éramos tu esperanza aquí en la tierra; tú eres la nuestra allá en las regiones de la inmortalidad.—*Dije.*

CONTESTACION DEL PRESIDENTE DON FRANCISCO ORTEGA DEL VILLAR.

Señores: Nada mas justo, á la vez que sensible, es el tributar á nuestro amado maestro esta muestra de gratitud. El colocó en nuestras manos el primer libro de su ciencia; de su boca oimos las primeras lecciones, puso á disposicion nuestra sus libros é instrumentos, sin ecsigir otra recompensa que nuestro propio aprovechamiento, difundió entre nosotros con su ejemplo y sus consejos el amor á su profesion y á hacer el bien: en suma, no nos miró como á hombres estraños, sino como á sus hijos: á él debemos la ecsistencia de nuestro establecimiento médico, y sin su proteccion no hubiera subsistido esta sociedad, que no es en cierto modo sino un pequeño arbusto nacido de las semillas que sembraba por todas partes. Mas, ¿cómo me atrevo á enumerar los beneficios que hemos recibido de su bondad? A donde quiera que volvais los ojos, encontrareis señales de su beneficencia; por donde quiera que escucheis, oireis las alabanzas del hombre sabio, honrado y caritativo, y

los suspiros que se ecshalan en pos de su memoria. ¡Felices nosotros que escuchamos su voz y estrechamos su benéfica mano entre las nuestras, y desgraciados hoy que no podemos gozar de igual placer! Mas, ¿qué harémos pobres y débiles que no podemos detener el curso del tiempo, ni suspender los acaecimientos señalados por el dedo de Dios? ¿Darémos rienda suelta á nuestro pesar y desconsuelo?.... Derramemos, sí, lágrimas sobre la tumba de nuestro amado maestro, amigo y protector; pero no olvidemos su voluntad que tantas veces nos espresó, y procuremos contribuir con nuestro grano de arena á conservar y levantar el edificio, que segun sus palabras, dejaba confiado á sus discípulos.—*Dije.*

INSCRIPCION

grabada en el sepulcro del Sr. D. Pedro Escobedo.

PETRUS. ESCOBEDO

CHIRURGIA. INSIGNIS

OBIIT

V. CAL. FEB.

MDCCCXLIV.

Este sepulcro se halla en el Panteon de la Merced, al cual se ingresa por la sacristía de la iglesia. La cubierta del sepulcro es de mármol blanco en el centro, con relieves en el tercio superior: los lados son de estuco negro, en medio de cada uno de los cuales hay un adorno dorado: en torno del paralelógramo se ve igualmente una moldura tambien dorada.

FIN.

INDICE.



